Seguiré buscando al infante; tal vez me lleve con otras personas normales con quien comunicarme.

11:53

Atardece. Las puertas en los edificios de bronce se abren de forma automática, dejando escapar vapor a presión. Los seres están entrando; camino entre ellos y ninguno me molesta. Aun así, me repugnan.

¡El niño!

¡Hey, muchacho! ¡Espera! ¡¿Cómo te llamas?! ¡No llores! ¡Mírame, soy cómo tú!

12:16

Me quité la diadema del micrófono un momento; al parecer al niño le daba miedo. Ya se tranquilizó. Le cedí mi última ración. Traté de hablar con él, pero los saludos que le dije en español, mi lengua materna, inglés y lo poco que sé de francés no dieron resultados. Al parecer no sabe hablar, pero hay inteligencia en sus ojos; me dejó de temer cuando se dio cuenta de que yo sí tengo rostro; incluso le dejé tocar mi barba.

Deja eso.

Al parecer no tiene modales. Sus ropas son viejas y no lleva calzado; habrá que conseguirle zapatos. Me intriga cómo ha sobrevivido aquí; si está vestido es porque alguien le dio con qué hacerlo.

Eso no es para jugar, suéltalo.

Trataré de que me lleve a su casa.

Día 4. 07:02

Estamos a las afueras de la ciudad de bronce. Vamos rumbo a lo que parece un parque viejo; hay una entrada de metal seguida de un enrejado rectangular. No hay nadie, aparte del niño y yo.

¿Por allá?

Está muy enramado; qué bueno que pude encontrar unos zapatos de la talla del chiquillo en una de las casas abandonadas. Aunque igual pienso que ya estaba acostumbrado a caminar por aquí.

¿Qué haces?

El muchacho está trepando a un árbol. Me arroja manzanas. Vaya, sí que es útil. Creo que me corresponde ponerle un nombre, pero no soy bueno para eso; me tomará un rato pensar en uno adecuado. Si en este lugar se hablaba francés, es justo que el suyo esté en ese idioma.

08:23

Me trajo a una cabaña. Aquí está su mamá. O al menos se trata de la persona que lo cuidó. Hay montones de manzanas secas y otras frutas alrededor de la mecedora en donde se encuentra. Lleva años muerta; su piel ya no luce orgánica. Al parecer era vieja cuando murió. No quiero ni imaginar lo que estas dos personas llegaron a vivir. El muchacho se abraza a ella. Tengo que llevarlo conmigo una vez que el generador de pulso cargue. Por ahora voy a hacer una tumba para la señora.

09:35

Ya dejó de llorar. Jean-Claude, así es como lo llamé. No quería dejarme enterrar a la anciana; sus pequeñas manos me sujetaron el pantalón cuando cargué al cadáver para llevarlo al hoyo. Debió amarla mucho. Pero aún es niño;

EDITORIAL

Aparte del calor insoportable en el hemisferio sur y de las consabidas noticias acerca de los inevitables cortes de luz de estas épocas, del romance pasajero de alguna estrella fugaz en el firmamento de la farándula, del precio de un sándwich en la terminal de ómnibus y de cuánto le cuesta a una familia tipo alimentarse a fuerza de panchos en la costa, 2015 amenaza con ser un año interesante, para aquel que esté provisto de abundante paciencia.

Con la periodicidad cíclica del eterno retorno, comenzarán a oírse elogiosos panegíricos proferidos por sus mismos destinatarios, denuncias encendidas de quienes los enfrentan, falsos pedidos de disculpa y promesas de soluciones mágicas que todos dicen tener, pero que nunca se aplican. Se premiará a leales (a veces obsecuentes) y se señalará a traidores reales o temidos. Épocas de caza de brujas en medio de sonrisas. Un bombardeo casi continuo y aletargante de eslóganes vacíos y declaraciones rimbombantes, muchas veces peligrosas.

Durante la II Guerra Mundial, una las frases de propaganda del régimen nazi era: “Tú no eres nada; el Reich es todo”. Una joyita de las ciencias de la comunicación. Una oración simple y con fuerza, que ofrece una sensación de pertenencia, como un cantito de hinchada en un partido de fútbol.

Pero el individuo singular, alejado de la masa, a diferencia del común, puede vislumbrar siempre algo más detrás del velo. Así, la esposa de ERNST JÜNGER le escribía a su marido, que estaba sirviendo en el frente oriental: “Somos una suma de ceros”. Ahora bien, los dos sabían que pensar con esa independencia no podía dejar de tener consecuencias, pero —como individuos singulares que eran— no les importaba.

Durante la guerra, muchos miembros del partido gobernante tildaban a JÜNGER de peligroso opositor y, luego del conflicto, algunos de los vencedores lo tachaban de nazi. Él siguió siendo él, porque no podía ser otro, porque nadie puede ser sino quien es (trabajosamente, más de una vez), y todo el resto pasó. En definitiva, fue un testigo privilegiado de una época por demás apasionante, por todos los logros y los horrores que conllevó.

Por eso mismo, mientras hombres y mujeres públicos, arribistas y formadores de opinión interesados van a desgañitarse en los próximos meses; mientras unos se prendan a la yugular de otros como perros asilvestrados y aquellos de más allá se huelan el trasero entre sí, **NM** va a ser simplemente **NM**, sin importar las dificultades que nunca faltan, y seguirá de manera inexorable en pos de sus objetivos.

Éste es el primer número del año calendario. Hay que seguir preparando los otros tres, con la tenacidad de un lobo solitario. Con la ecuanimidad del hombre en el castillo.

Los años electorales pasan. Las revistas quedan. Gracias a Dios, como bien lo sabemos los aficionados.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 4. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con PDF-Xchange Viewer y jPDF Tweak 1.1.

así como un silbido e hizo frío. Tampoco he podido oír maullidos ni ladridos desde que llegué; la gente del futuro no debe ser amante de las mascotas.

Día 2. 07:16

Mientras avanzo hacia el centro de la ciudad, puedo ver que los edificios de bronce van aumentando. Siento hambre de nuevo, pero es mejor racionar lo más posible, con una comida al día; no sé si encontraré gente amigable. Sobre mí se empiezan a abrir las nubes, por fin.

11:15

¡Jesucristo! Acabo de ver a un lugareño de frente. Distinguí su figura a lo lejos y fui a hablarle. Lo saludé; no me respondió. Fui tras él gritándole, pero parecía ignorarme. Corrí hasta alcanzarlo y lo tomé del hombro. Su cabello era gris y le caía hasta la espalda; se volteó y lo vi… No tenía rostro; su cara blanca estaba plana. El pobre infeliz comenzó a chillar, pero no sé por dónde, si no tenía boca. Después otros chillidos se le unieron desde todas direcciones y eché a correr.

11:42

Estoy de regreso en la casa vieja; acabo de bloquear la puerta con el librero y me siento más tranquilo, con hambre. Comeré la ración de hoy. Después puedo preocuparme por la gente local.

Nadie me siguió.

22:30

Las nubes se abrieron por completo; logré subir al techo de la casa. El cielo no debería ser amarillo. Creo que enloquecí. Dentro de poco anochecerá.

Me duele el estómago.

La luna es blanca, pero tiene un tinte rojizo en los bordes. Esto es de locos.

Mejor me iré a dormir; a ver si mañana despierto lejos de aquí.

Día 3. 08:06

Es de día; hay mucha gente en las calles, pero no sé si deba llamarlos así. Los observo desde la azotea donde me encuentro. Son algo torpes; sólo caminan bajo el sol, con el cráneo inclinado de forma que el rostro plano apunta hacia arriba. Ninguno me ha visto o, al menos, reaccionado ante mi presencia. A veces chocan entre sí pero después siguen avanzando sin rumbo. No se comunican para nada.

Tengo la boca seca; el contenedor de agua con sales que me dieron se acabó ayer. Debo encontrar algún almacén o algo parecido pronto. Supongo que esta gente ha de comer algo. He sacado el revólver de mi mochila; me tranquiliza tenerlo cerca.

08:31

¡Hay un niño! Un chiquillo normal con ojos y todo; es de raza negra. Lo voy siguiendo; es buen corredor.

08:36

Lo perdí. Es difícil correr entre estos seres; acabo de descubrir, casi sin querer, que no se dan cuenta de otras presencias más que por el tacto. El chiquillo huyó después de verme; lo hizo entre los caminantes y ninguno lo molestó. Yo mismo evité tocarlos mientras corría, y no escuche el horrendo sonido de la vez anterior.

blemas óseos porque caminaba de una forma peculiar, balanceándose.

12:23
Acabo de despertar; escucho algo como las alarmas de guerra. Hay gente en la calle; todos caminan en la misma dirección. Me acercaré.

12:41
Sigo a los últimos del grupo. Entre esta niebla es difícil ubicarlos; todos tienen el mismo tono de piel y se mueven de forma similar. Deseo hacer contacto con ellos; la gente del futuro tal vez sepa de la misión que llevo a cabo, e incluso, no sé, es posible que yo sea una celebridad.

Hay algunas inscripciones en las paredes; grabados hechos en metal. No puedo leerlos; desconozco los signos.

No es posible. Ya no hay nadie enfrente de mí. ¡Pero si hace apenas un momento estaba siguiendo las espaldas de dos hombres! Alrededor no se ve nada, qué raro. Voy a buscarlos.

13:06
No pude encontrar a nadie. Al parecer entraron en las construcciones de bronce, porque las de ladrillo están vacías; me encuentro en una. Ahora sí, no sé qué pasó aquí o dónde me encuentro: los muebles de esta casa son viejos y aún quedan algunas ropas y platos sobre la mesa. Todo está cubierto por una capa de polvo. Sostengo un periódico viejo, escrito en francés; lo poco que puedo leer habla sobre una junta de mandatarios de todo el mundo. La fecha es de unos cuantos años atrás —mil novecientos noventa y ocho—, pero no recuerdo ninguna reunión de ese tipo con tantos líderes. No lo entiendo.

Hay unas escaleras; voy a ver qué hay arriba. Todo volvió a estar en silencio. La casa no ha recibido mantenimiento en años. Estoy en un pasillo; a mi derecha hay un baño, sucio y con un cepillo dental en el lavabo. Hay una recámara con un librero; en la cama hay un volumen polvoso, también en francés. Es la Biblia.

15:22
Ya me instalé, he acondicionado la habitación para dormir cómodo; tengo hambre y haré una pausa para comer algo de mis raciones. Los enchufes eléctricos no tienen corriente. Ahora que lo pienso, no he visto cables de luz en la calle; tal vez ya descubrieron otra forma de conseguir energía. Aun así, no tiene sentido que existan casas viejas como ésta, al lado de las nuevas hechas de metal. Por cierto, el escenario comienza a deprimirme; ese cielo verde y los edificios de bronce. Ya quiero regresar a mi tiempo.

Tendré que esperar a que el generador de pulso se cargue de nuevo. No recuerdo muy bien la explicación que me dieron sobre su uso, o la fuente de energía que lo alimenta; creo que algo nuclear. Mejor hubieran mandado a un científico. Supongo que tiene sentido el hecho de que sea un soldado el primer viajero de esta clase.

20:56
No paró de soplar el viento hasta hace un rato apenas; se escuchaba algo

¿Y AHORA QUÉ?

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
(FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO, "La Lechera")

Despertó con la pregunta en la cabeza. Y, como no estaba seguro de si la había pensado o la había dicho en voz alta, la repitió. Para quien fuera.

¿Y ahora qué?

¿Qué-mierda-pasa?

Porque era obvio que lo habían despertado a medio camino. Y no porque estuviera justo en la mitad del viaje, sino porque, cuando no estás en un planeta —sea el de partida o el de llegada—, quiere decir que estás en el medio de la nada, así que era lo mismo si estaba a dos parsecs de destino o a dos millones.

No le molestaba tanto el hecho de saber que no había llegado —lo que implicaba que iban a pedirle que hiciera algo ya antes de llegar, y *eso* no estaba en el puto contrato— como haber perdido el hilo del sueño en el que estaba a punto de cogerse a Mieline G. vestida con un traje de mecánica, de látex o cuero negro o algo que no dejaba ver piel —bueno, sí, lo justo y necesario— pero revelaba cada curva pulposa de la diosa porno.

Carlo salió del crío zapateando y sacudiendo las piernas que todavía le hormigueaban. El miembro, semirrígido, se zarandeó un poco. Incómodo, se lo apretó con la mano para sacarle sangre y matar la erección.

El mono estaba en el cajón correcto. Se metió adentro, todavía puteando, sin ganas de mirar en la pantalla para ver por qué carajo estaban titilando las alarmas y las luces de toda la cápsula. El color de las luces era naranja. No, era ámbar; le costaba identificar la diferencia, los ojos legañosos parpadeando, y Carlo puteó otra vez al genio que había armado ese puto código de lucecitas y le había asignado el ámbar a alguna emergencia —*¡Ámbar! ¡¿Qué mierda de color es el ámbar?!*—, porque seguro que

en su puta vida había dormido en crío y no sabía que al despertar no podías distinguir el rojo del azul.

¡Mierda, en ese instante no hubiera podido distinguir un tesauro de un elefante si se los ponían enfrente!

Las neuronas no se habían despertado del todo pero algunas conexiones sinápticas se desperezaban.

Ámbar: probable choque de asteroide; pérdida atmosférica.

Mierda, dijo en voz alta y lo despabiló un cachetazo de adrenalina.

En una cápsula no hay mucho para recorrer. Suele haber dos capullos crío, de espalda a la consola de control, y el 90% restante dedicado a la carga, envolviéndolo todo —de ahí que le digan capullo, claro—. Carlo corrió para chequear dónde había ocurrido el asunto y antes de llegar a la consola descubrió que había sido ahí mismo.

Mierda.

Una piedra del tamaño de un elefante montándose un tesauro —a esa altura ya estaba más que capacitado para distinguir entre ambos— se había incrustado, atravesando la coraza externa, las cuatro mamparas de carga y el corazón de la cápsula. Y *ese* era sólo el tamaño de lo que se veía, aunque Carlo imaginó que era apenas la punta del iceberg.

Mierrrrrrda.

Todavía la tenía un poco dura. Eso evitó que su esfínter se relajara lo necesario para mearse encima.

Los manuales decían que lo primero en lo que tenía que pensar era en el casco del traje. Aunque él *no* recordara qué carajo decía el manual, la lógica le decía que corriera a ponérselo. Pero Carlo no podía dejar de mirar esa inmensa mole negra, de un negro duro y brilloso —y que alguien le pidiera que describiera cómo era el color *negro duro*—, que aparecía de la nada, como un monstruo salido de un armario, y se desparramaba contra la consola. Que, de más está decirlo, estaba inservible. Aplastada. Hecha puré.

No había otra actividad en la cápsula que la de las alarmas molestas. Nada se agitaba, nada volaba, sometido a la succión compulsiva de una descompresión. Se acercó y pasó el dedo por la hilera de babosas petrificadas que reptaba allí donde los bordes desflorados de la cápsula se encontraban con la piedra. La espuma selladora había actuado enseguida, formando una capa gruesa. Nunca antes la había visto en acción, pero —por lo que sabía— no había manera de mover la piedra de ahí sin un láser infrarrojo clase 10. Por el momento estaba seguro...

Y eso quería decir que en realidad ningún idiota estaba al tanto de aquello. La piedra había golpeado y la alarma interna —automática; ningún boludo apretando un botón— se había disparado, cesando el desplazamiento del capullo por la lumivía y despertándolo. Algo dentro de Carlo se amargó. Si hubieran sido los tipos de la terminal los que le hubiesen asignado una tarea en plena ruta —a él, un mecánico de base—, habría podido sacar una buena tajada con un reclamo sindical. Hasta había pensado en llamar a Rexo, que era un peso pesado dentro del sindicato y tenía buena onda con él. Habían ido de putas juntos, varias veces, y eso no se hace con cualquiera.

CIUDAD DE BRONCE

CARLOS RANGEL SANTOS

Día 1. 04:00

El experimento ha sido un éxito. No sé dónde me encuentro, pero me queda claro que no es en el laboratorio. Hace mucho frío y el cielo está opaco, repleto de nubes pesadas con tintes verde oscuros; tal vez aquí hay un problema de contaminación. No he visto personas desde que llegué; según mi reloj, sólo llevo cinco minutos en este lugar.

Los alrededores me parecen fascinantes. Hay una plaza cerca; es ahí donde aparecí. Lo primero que pude ver fueron los círculos de pilares formando una espiral. No puedo descifrar la época ni a qué estilo arquitectónico pertenecen. Los edificios tienen las ventanas cerradas; es una pena, porque pensaba mezclarme entre la gente local y dejarme ver. Aquí son buenos para construir con metal; varias viviendas parecen de bronce y otras de hierro.

Me encuentro en un callejón, esperando a ver si alguien pasa.

El aparato de grabación que me dieron parece funcionar. Lo que me preocupa es el generador de pulso espacio-tiempo; la barra de energía está a la mitad y, si recuerdo bien, el doctor Berlitz me dijo que para regresar se necesitaba de la carga completa. Tendré que quedarme por aquí más tiempo de lo que pensaba; al menos podré documentar lo que vea y, si tengo suerte, hasta una charla con algún local.

Pero no todo son malas noticias; pienso que ya puedo decirlo: al parecer, el viaje en el tiempo es posible.

08:00

Creo que por fin encontré a una persona; no estoy seguro, pero me pareció ver a un hombre entre la niebla. Él era de piel blanca y muy pálida; tal vez albino. También mostraba pro-

veces anteriores. Antes de guardar el trozo de papel dentro de la caja, escuchó los pasos tambaleantes de su padre, que lo llamaba.

La nota decía: *"Quisiera estar con mi mami".*

Mario cerró la caja y desapareció. Sus mocasines italianos de fino cuero quedaron sobre el piso. Su madre ahora cuidaría de él.

© Anthony Zaldívar Arcos, 2014.

Anthony Zaldívar Arcos
(Perú —Lima, 1990—)

Reside en Nazca y es un asiduo lector de ficción breve de ciencia ficción, fantasía y terror, tanto en español como en inglés. Estudia Derecho y en su tiempo libre se dedica a la escritura. En abril de 2014 su cuento "Un príncipe bohemio" ganó el Fantasista de Hierro XIV, del colectivo chileno Fantasía Austral, que en mayo publicó su relato "El rey de las arenas del tiempo".

En **NM** 33 publicó "Una luz de esperanza en medio de la oscura noche".

Pero no. Un puto procedimiento de rutina para él solito. Y el procedimiento marcaba que Carlo tenía que chequear que no había peligro, ni para él ni para la línea de transporte, informar la naturaleza del accidente y esperar a que la central reanudara el viaje. Así eran esos putos viajes lumiviales. Un pedazo de metal desplazándose de punta a punta, guiado por una microfibra lumínica —o algo así—, sin timón ni toberas laterales. El tripulante era tan importante como uno de esos monos que mandaban al espacio en la época terrestre. Si sacabas los viajes de exploración, la poesía había abandonado las estrellas. La única manera en que un salame como él podía convertirse en navegante espacial.

Algo en el brillo de la piedra le llamó la atención. Se acercó y, después de pensarlo un instante, le pasó la lengua.

Ácido. Metal. Hierro quizá.

El segundo cachetazo de adrenalina.

Un rápido calculo le dijo que allí había suficiente cantidad de metal para retirarse de la profesión. Sólo había que encontrar un chatarrero dispuesto a pagar por un meteorito de contrabando, y él sabía dónde buscarlo.

En su cabeza intentó delinear la manera. Tenía que comunicar a la base que había sido una falsa alarma. Avisar al chatarrero antes de llegar, y para eso tendría que llegar ya despierto. Simular otra emergencia cerca de destino, en el lugar elegido, que la nave del traficante —*chatarrero*; no les gustaba que les dijeran traficantes— retirara el meteorito allí…

Le pasó la mano, sonriendo, acariciando la piedra como si fuera una amante satisfecha. ¿Cuántas toneladas habría allí? La golpeó con el puño y el eco que le devolvió lo dejó helado.

Era hueca.

La piedra era hueca.

Dio dos pasos atrás —más no podía, chocaba con la pared— y la miró con otros ojos, como si la viera por primera vez. Ojos más despiertos, quizá.

La piedra —o lo que fuera— tenía forma asimétrica, pero había algo poco casual en esa irregularidad. Como si no fuera algo del todo natural…

Se adelantó y volvió a golpear, una vez y otras cuatro, como un juego de nene, esperando la respuesta de dos golpes desde el interior.

En lugar de eso, la piedra largó vapor por todos lados y se abrió al medio.

Mierda, mierda, mierda…

La piedra —y era un buen momento para dejar de llamarla *piedra*— parecía ahora una banana con los gajos en flor. El vapor tenía un olor espantoso, como el de los pedos del chítaro vagabundo que a veces paraba a comer en su taller. Carlo se apretó la nariz y rogó que aquello no fuera tóxico.

Cuando dejó de salir aquel tufo, se asomó al interior.

Una neblina lechosa flotaba adentro, como en esas viejas holos de terror de segunda. Y un bulto asomaba en el centro. Lo hizo pensar en un capullo crío.

Mierda, si eso era una cápsula, como la suya, ahí adentro había alguien. O algo.

Porque esa cápsula no era de ningún mundo conocido. Mal que mal, Carlo había trabajado en casi todas las empresas de carga —más por falta de mérito que por exceso; cada vez había ido cayendo en empresas más alejadas y peor consideradas—. Y estaba seguro que eso no había sido construido por ninguna de ellas. A menos que fuera un prototipo o algo así.

¿Pero para qué hacer una cápsula tan pequeña, sin capacidad de carga?

Vamos, hombre. Si fuera un aparato extraterrestre —porque ésa es la palabra que te ronda por esa sesera sin relleno, ¿no?; *extraterrestre*—, digo, si *realmente* lo fuera, ¿por qué se había abierto con esa secuencia de golpes? ¿Acaso los ET veían holos terrestres de cuatro siglos atrás?

Se activó con una secuencia no natural. Un golpe solo no. Ni el mío, ni el del impacto. Pero una secuencia que sólo un ser inteligente puede hacer…

¿Ser inteligente? ¿Vos? ¡¡¡No me hagás reír!!!

Carlo se desentendió de la charla mental psicótica y se acercó al capullo crío. Estiró la mano y golpeó. Una y cuatro veces. Nada pasó.

¿Viste? Quizá la perra Laika lo pueda abrir. O algún ser inteligente de la terminal a la que deberías estar contactando.

Volvió a probar, con idéntico resultado. Dio un par de pasos al costado, rodeando el capullo. La niebla fantasmagórica se disipaba de a poco —no se disipa, se mezcla con el aire que respirás, tarado— y del otro lado descubrió una grieta, un agujero del tamaño de su cabeza. Unas chispas de color verde destellaban de vez en cuando, saltando desde adentro.

Bueno, eso era todo. Ése era el momento en que se daba vuelta y por fin llamaba a la terminal, dejando de soñar pelotudeces despierto, que ya bastante las soñaba estando en crío.

Carlo se sentó frente a la consola, y descubrió que al menos eso, el teclado y la pantalla de emergencia, estaban intactos.

¿Por qué abandonar? Todavía sigue siendo una tonelada de metal…

Porque ningún chatarrero le iba a pagar por peso con un ET dentro del paquete pensó, puteando a esa voz mental que lo mismo iba por el sí o por el no; lo único que le importaba era llevarle la contra. *Nadie* iba a arriesgarse a que las autoridades lo metieran preso por apropiarse de...

En ese punto algo hizo *clic* en su cabeza. Tan fuerte, que tuvo que mirar detrás para asegurarse de que el capullo seguía cerrado.

Tenía un ET a bordo.

Mierda.

¿Cómo podía ser tan tarado? ¿Tan *ciego*?

Los científicos llevaban cientos, no, *miles de años*, que él supiera, mirando el cielo primero, viajando por él después, buscando extraterrestres, alucinando —como psicóticos— que venían a visitarlos. Y todo ese tiempo había sido un gran chasco, porque después de visitar y colonizar —no estaba seguro, pero al menos— treinta planetas en veinte sistemas

—Entonces, ¿por qué los usas?

—Porque a mi mami le gustaba verme usarlos.

—Es cierto —dijo su padre, soltando una lágrima.

—¿Estás llorando? —preguntó Mario.

—¿Yo? No —respondió él, secándose los ojos.

—Parecía que sí.

—Nunca había llorado hasta el día en que murió tu madre —dijo su padre observando con nostalgia la pared frente a ellos.

—¿Nunca? —Mario estaba asombrado.

—Quizá exagero un poco, ¿cierto? —No despegaba la mirada de esa pared; su tono azul parecía haberlo obnubilado

—Sí.

—Esa pared la pintó tu madre.

—No lo sabía.

—Le dije que no lo hiciera, pero ella insistió. Dijo que pintaría esa pared, así le tomara toda la tarde, y así fue.

—¿Por qué no me lo contó?

—Es raro, pero lo había olvidado. Tal vez ella también lo hizo.

—Ojalá estuviera aquí. —La tristeza embargó a Mario.

—Sería bueno verla.

—Oye, papi, ¿por qué llegaste temprano?

—Me despidieron.

—¿Y ahora qué harás?

—Tranquilo, hijo; estaremos bien —contestó con un extraño atisbo de ánimo en la voz.

Como todas las noches de viernes, Mario estaba jugando con su consola de videojuego. De pronto su padre llegó ebrio y llorando a casa. Nunca lo había visto así, o al menos no recordaba haberlo hecho. Lo ayudó a sentarse sobre el sofá de la sala.

—Perdóname, hijo —gimoteó—. Me siento mal.

—¿Estás enfermo? —preguntó Mario preocupado.

—No, la culpa no se cura.

—No entiendo.

—Lo harás algún día.

—¿Cuándo?

—Cuando seas adulto.

—¿Y seré una buena persona como tú?

Esas palabras deshicieron vertiginosamente su alma como una llama de fuego quema la telaraña.

—¡Ya no aguanto más! —vociferó su padre y se quedó callado por un momento—. ¡Yo maté a tu madre!

—¿Qué? —Mario sentía una rara mezcla de emociones.

—Esa noche yo iba conduciendo, el otro auto apareció de repente y chocamos.

—Eres malo y la gente mala como tú debe recibir su castigo —dijo Mario; el dolor hablaba por él—. ¡Deberías estar en la cárcel!

—No podía hacerlo; el día que naciste le prometí a tu madre que cuidaría de ti —suplicó entre lágrimas—. Hay más gente mala que me ayudó para no ir a prisión.

Mario sintió una furia jamás imaginada, corrió presurosamente hasta su habitación y se encerró en ella tras ponerle el pestillo a la puerta. Buscó la caja de mocasines italianos, esa caja que su padre dijo que haría desaparecer sus problemas. La encontró al fondo del armario e hizo lo mismo que las

desaparición de la profesora Zúñiga y de Francisco, el abusón del quinto A. Durante el recreo, Mario y su amigo Rodolfo se sentaron a conversar en las gradas de la escalera.

—¿Se lo contaste? —le dijo directamente Rodolfo, como si no hubiese otro tema del cual hablar.

—No pude —respondió Mario—. Además, ¿qué le diría?

—Tienes razón —contestó e hizo una breve pausa—. Tal vez la caja es mágica.

—¿Todavía crees en la magia?

—¡Oye! Es una opción.

—Lo que no sé es adónde van cuando desaparecen.

—Ésa es una buena pregunta —dijo Rodolfo—. Pero una mejor es cómo desaparecen esas personas y no otras.

—¿Qué? —Mario parecía extrañado.

—Mira, en el mundo deben existir millones de profesoras que tienen el mismo apellido y me dijiste que la nota no era muy específica ¿Por qué sólo desapareció nuestra profesora?

—No me había dado cuenta de eso.

—Y yo estuve contigo cuando hiciste desaparecer a Francisco y, por lo que escribiste, pudo haber sido cualquier otro niño que se llame igual.

—Entonces, de alguna forma, la caja sólo se lleva a la gente que conozco.

—Creo que sí.

Una idea surgió en la mente de Mario. Una idea germinada por la tristeza.

—¿Y si la caja pudiera traer de vuelta a alguien? —susurró.

—¿Qué dijiste? —Rodolfo no entendió sus palabras.

—Nada, vamos a jugar.

—Bueno.

Por la tarde, Mario estaba solo en su habitación; no había nadie en casa. Arrancó una hoja de su cuaderno y escribió una nota.

"Quisiera que mi mami esté viva otra vez".

La dobló y guardó en la caja de zapatos. Esperó pacientemente y nada pasó. Cuando abrió la caja, la nota seguía ahí. La cerró y continuó esperando por una hora. No quiso abrir nuevamente la caja. Se prometió no volver a usarla.

La tarde murió junto con la esperanza de Mario.

El martes a la tarde, sentado sobre la cama, Mario observaba los mocasines italianos de fino cuero que le había regalado su madre. Los usaba desde el día en que ella murió. A Mario nunca le gustaron esta clase de zapatos, pero su madre era tan feliz cuando veía sus pequeños pies calzados con los mocasines que le compraba que él siempre la complacía. La sonrisa esbozada en el rostro de su madre ya no estaba más. Sin embargo, Mario creía que, desde donde estuviese, su madre lo vería usando los últimos mocasines italianos que le obsequió y no habría mejor regalo para ella.

Su padre abrió la puerta del cuarto y se sentó en la cama.

—Creía que no te gustaban esos zapatos.

—No me gustan —respondió mirando sus brillantes mocasines.

solares distintos, en ninguno había vivido nadie o se habían ido hace tanto tiempo que ni huellas quedaban. Las revistas de chimentos decían que, si había extraterrestres, debían estar de fiesta en otras galaxias y los humanos nunca estarían invitados.

Y ahí estaba él, Carlo Panotta, con un ET a bordo. ¡Ése era el primer encuentro con extraterrestres! ¡Eso tenía que hacerlo famoso! ¡Tenía que hacerlo millonario!

Aunque no sabía cómo. Lo del chatarrero hubiera sido fácil. Era llamarlo, entregar la piedra y cobrar la platita. Pero esto… no le encontraba la vuelta. No se imaginaba cómo sacarle el jugo. Se daba cuenta —ahora sí, se daba cuenta— de que era importante, *único*, pero no sabía *qué* podía darle.

Y si contactaba a la terminal y les decía lo que había pasado y lo que creía que había pasado, no podía asegurar nada.

¿Cómo sabe que es un aparato extraterrestre?, imaginó la pregunta desde el otro lado, con la frialdad de siempre. *¿Tiene una etiqueta o un número de serie que diga HECHO EN OTRO LADO?*

Tiene un extraterrestre adentro, carajo.

¿Lo vio? ¿Vio al extraterrestre? Descríbalo, por favor?

…

Mierda. Ni siquiera sabía si había un ET o no adentro.

Apartó los dedos del teclado. Si los llamaba no recibiría nada.

Ni siquiera estaba seguro de que lo fueran a mencionar en las noticias si el hallazgo resultaba cierto.

Recordó el accidente en la estación de Cassius. Cuatro pasajeros habían quedado atrapados en una cápsula de turismo que no respondía a los comandos de apertura. Casi se habían quedado sin oxígeno. Carlo tenía un amigo allá en aquel entonces, Wally. Le había contado que el director de la terminal no había hecho más que lloriquear como una nena mientras los mecánicos trabajaban y soportaban sus ataques bipolares de pánico. Que iban a rajarlo, a deportarlo, a lincharlo por eso. Ni siquiera parecía importarle la vida de aquellas cuatro personas; sólo su reputación. Cuando por fin lograron sacarlos, las noticias mostraron al tipo como un héroe durante casi cuatro días. A Wally y a sus compañeros nunca los nombraron. Tampoco dijeron que en las semanas siguientes los fletaron a otros destinos. El tipo se había cubierto para que nadie pudiera dar otra versión de su "heroísmo".

Y aquello había sido un simple accidente con final feliz. No *esto*; la noticia del siglo, del milenio...

No había que ser un cráneo para saber que si llamaba no iba a conseguir nada más que una patada en el culo.

Miró el capullo, que seguía cerrado, burlón. Ni siquiera iba a poder mirarle la cara al bicho que estaba adentro. A menos que lograra abrirlo, sacarle unas fotos, subirlas de algún modo a la red…

Se acercó, espió en el hueco donde las chispas verdes le advertían como un cartel de NO TOCAR.

Mierda. Aquello le había caído del cielo, no podía desaprovecharlo.

Si ésa era una cápsula como la suya, si funcionaba con el mismo sistema, quería decir que ya cuando habían instalado aquella ruta comercial entre Arus y Copérnico, siete años atrás, habían cruzado, sin saberlo, el haz lumínico de una ruta extraterrestre. Y aunque eso mismo ya era una coincidencia increíble, la probabilidad de que dos cápsulas chocaran en tránsito era tan baja... Eran millones y millones de kilómetros, y las dos cápsulas tan pequeñas como arañitas corriendo por un hilo intangible entre dos edificios…

¡Carajo, la probabilidad era ridícula! ¡Más difícil que sacarse la lotería solar!

Y le había tocado a él.

¡Ése era *su* ET! ¡Él tenía que verlo antes que nadie!

Así que en lugar de llamar se agarró los huevos frente a la consola y se puso a trabajar. Después de todo, era mecánico. Y, aunque nadie lo reconociera, uno de los buenos. Por algo —a pesar de su mala conducta— seguía teniendo trabajo. Carlo no tenía muchos estudios, pero se daba maña. Tenía la rara habilidad de *intuir* los mecanismos. No sabía qué hacían ni cómo lo hacían. No entendía principios de física cuántica. Pero sabía qué estaba bien y qué estaba mal en una consola cuando la desarmaba.

Tenía que trabajar rápido. La frecuencia de viajes de carga era de dos por día y, aunque le sobraba tiempo, no quería que los mensajes empezaran antes de haber terminado. Los tipos sabían que la cápsula se había detenido, pero no por qué. Y sabían que él estaba bien —no es que les importara demasiado— y que estaba despierto. Le estaban dando tiempo, pero en algún momento iban a empezar a llamar…

Por suerte, en ese capullo era fácil saber dónde estaba el desperfecto. Un inmenso letrero de chispas verdes se lo indicaba. Lo difícil fue comprender cómo se desarmaba. No había soldaduras magnéticas ni tornillos. Las piezas que veía no tenían nombre ni lógica alguna. Pero de alguna manera lo hizo.

Desarmó todo el panel lateral de esa cosa y, una vez que lo logró, que las piezas pasaron por sus manos, que sus dedos y sus callos las habían reconocido —*y se habían apropiado de ellas, de su forma*—, armarlo fue fácil.

Cuando volvió a conectar el circuito de energía, la tapa del capullo se abrió sola. Restos del mismo gas que había estado en el exterior flotaban en el interior, y se deshilacharon, desvaneciéndose.

Carlo se rió solo, en voz alta. Festejó como si su equipo hubiera metido un gol en la final del campeonato. Era la primera persona en toda la historia en contemplar un extraterrestre.

El cuerpo que estaba allí definitivamente no era humano. La piel, de color tornasol, no era piel. Eran como escamas o algo así, aunque si le preguntaban a Carlo hubiera jurado que eran cientos de cascarudos brillantes acurrucados uno al lado del otro, cubriendo toda la superficie visible. Tenía dos piernas y dos brazos, una cabeza sin cuello. Y, aunque él no

LA CAJA DE ZAPATOS

ANTHONY ZALDÍVAR ARCOS

La primera vez que sucedió, Mario pensó que era una mera coincidencia. Pero las dos veces siguientes ya no lo creyó así. Era imposible pero, sin embargo, ya no había manera de negarlo. Las notas habían desaparecido, al igual que las cosas en ellas escritas. Su profesora de matemáticas fue la primera víctima; luego siguieron el bravucón de la clase y, por último, el *pit bull* de su vecino. Había buscado las notas por todas partes y no las pudo encontrar. Mario sólo tenía nueve años y pensaba que, si se lo contaba a su padre, él no le creería.

Era sábado y estaba desayunando con él.

—Papá, ¿recuerdas lo que me dijiste hace unos días? —preguntó el niño.

—No sé de qué hablas.

—De la caja de zapatos.

—¿Cuáles zapatos?

—Los que me compró mamá…

Su lugar seguía ahí. La mesa sentía su ausencia tanto como ellos. El padre de Mario se levantó de la silla y se acercó hasta él.

—Mario, sé que esto es difícil.

—La extraño mucho —balbuceó y comenzó a sollozar.

—Yo también —dijo, cobijándolo entre sus brazos—, yo también.

—Quisiera que estuviera conmigo.

—Siempre que pienses en ella estará contigo, hijo.

—¿Estás seguro? —preguntó Mario.

—Claro que sí. Ahora sécate esas lágrimas y vamos a jugar con tus videojuegos.

Jugaron todo el día. Jugaron para olvidar su pena. Jugaron para hacerle sentir a la muerte que no había ganado.

El lunes en la escuela no se hablaba de otra cosa que no fuera la extraña

Entonces, por primera vez en su vida, juntó verdadero coraje: —Te amo —dijo, y ella lloró aún más fuerte—. Esperá, ¡puedo ver a través de vos! ¿Qué está pasando, carajo?

—Te entiendo. —Piqui también se llevó una mano al pecho—. Uno nunca es un todo. —Miró a Guillermo; le sonrió—. Y muchas gracias; lo necesitaba. Ya no siento que soy la única que amo, cada vez que pienso en nosotros.

¿Amo? ¿Ella había usado el tiempo presente?

Guillermo no sentía más esa congoja. Ese hormigueo molesto que la mayoría de las veces lo obligaba a hacer fuerza para no llorar.

Se levantó. La tomó de la cara y le dio un tierno y cálido beso en esa boca.

—Hola, Clara. ¡Mi Clara! Tanto tiempo. Tan tarde.

—Hola Memo, gato.

Pidieron la cuenta. Se retiraron sin mirar atrás.

Subieron al coche. Charlaron durante el recorrido y también se quedaron hablando, estacionados frente al edificio de ella. Fueron, durante ese rato, otra vez Memo y Clara, perdidos en las calles aledañas a la cervecería de un Palermo que ya no existe.

Ella por fin bajó. Y antes de cerrar la puerta le dijo “adiós, amor”.

El gato puso primera, dejó atrás su adolescencia y lloró lágrimas de hombre.

Ricardo G. Giorno, 2014.

Ricardo Germán Giorno
(Argentina —Buenos Aires, 1952—)

Enemita de la primera hora y amigo de esos que se desean desde siempre, a lo largo de la historia de la revista publicó “Sólo trabajo” (# 1), “Gómez y Ricuti” (# 3), “Las moscas son las primeras en darse cuenta” (# 5), “¡Oh, el fútbol” (# 10), “Dolores que se pasan” (# 12), “El tiempo es un capricho que nos imponemos” (# 14), “Argentina potencia” (# 16), “Bellar” (# 18), “La sangre no sueña” (# 21), “¿A vos te parece?” (# 23), “Una noche más” (# 28) y “Una agradable mujer alta, con un vestido negro” (# 31).

era doctor ni nada parecido, hubiera apostado la paga de todo un año a que el bicho estaba frito. No dormido, sino marchito. Arrugado. Descolorido. Y no respiraba. En algún lado debía de tener pulmones o algo parecido, pero nada se movía. Seguro que el gas que había escapado era lo que lo mantenía en su estado crío. Quizá el oxígeno le hacía algo malo…

Bueno, no importaba. Nadie esperaría que le hiciera respiración boca a boca. Y con el cuerpo alcanzaba para ser famoso. En lugar de llamar a la base, contactaría con algún canal de chimentos. O con uno de esos que se la pasaban hablando de contactos del tercero y del cuarto tipo, aunque supieran que todos eran más falsos que un selenita enano. Los mostraban porque eso vendía y atraía audiencia y los llenaba de plata. Bueno, ahí tenía algo que todos iban a querer ver, algo que los iba a llenar de plata. Pero iban a tener que compartirla con él; sí, señor. Cincuenta cincuenta. ¡Qué mierda: setenta treinta, si querían hacer negocios con él! ¿Quién había luchado con un manojo de circuitos ET descompuestos? ¿Quién había chocado con una cápsula ET, arriesgando su vida? ¿Quién se había quedado a medio camino de un polvo con Mieline G.? ¡Él, todo él! Seguro había más de un canal con el que negociar para sacar la mejor bolsa. Ya podía imaginarse viviendo en un hotel, la habitación repleta de créditos —¡tarjetas doradas, mierda!—, y Mieline y sus amigas despertándolo todas las mañanas con un buen pete.

También podía anotar las coordenadas en las que estaba —¡las coordenadas de la ruta extraterrestre!— y después armar una expedición con uno de estos canales —el que mejor pagara, claro—, volver allí, esperar a que pasara otra cápsula, hacer contacto con un ET vivo…

Aquella idea encendió la alarma.

La probabilidad de encuentro era mínima... ¿Pero y si él se quedaba estacionado justo en el camino? Era mucho, mucho mayor…

Casi segura.

Ése fue el momento en que la siguiente cápsula extraterrestre impactó con las primeras dos, destrozándolas por completo.

© Hernán Domínguez Nimo, 2014.

Hernán Domínguez Nimo
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

Redactor publicitario, prolífico autor de reconocimiento internacional, en **NM** publicó “La araña tiene patas cortas” (# 4), que obtuvo el 2º accésit en la categoría “Cuentos” del I Premio Internacional de las Editoriales Electrónicas (2008), “La hora de la hinchada” (# 17), “Sin serif” (# 19) y “Un enjambre de solitarias es una contradicción lingüística en sí misma” (# 25).

LAS NOCHES DE UN RITO

CÉSAR R. LUCIO PALACIO

Era la noche del primer día de tres que debía durar el ritual de la forja. Grachi había recogido los frutos del bosque esa mañana, de colores encendidos, como lo pedía la tradición. En el primer rocío de la madrugada estaba el aliento de los fatuos como una bendición de las Potestades, y la doncella había recorrido alegre el caminillo que conducía al arroyo, pese a que el sol aún no asomaba en el cielo. Con su risa cristalina, la joven se había acercado a su hermano mayor, mostrándole orgullosa la cosecha de esa mañana, que había reservado hasta ese momento. Con una mirada de complacencia, Ostots le pidió que le trenzara el cabello. Las manos de la joven se movieron hábilmente: docenas de veces antes habían hecho la misma danza. Desde que tenía memoria, las manos de Grachi siempre habían tejido las hebras castañas de los varones de su familia: primero, en su más tierna infancia, las de su padre, y ahora, que sólo eran huérfanos, las de su hermano. Siempre antes de una salida al bosque, siempre parte de un ritual. Los suyos tenían esa forma de mostrar veneración: un ritual para la cacería, otro para ahumar las piezas obtenidas, algunos para evitar el mal de ojo, uno solo para quitar la mancha de la Niebla y ninguno para evitar la guerra. Al recordar, casi derramó una lágrima, pero se contuvo. La guerra los hizo lo que habían devenido: unos huérfanos tratando de mostrar que merecían ser contados entre los hombres libres.

A su mente vinieron de nuevo las imágenes de aquellos días terribles: su aldea, envuelta en brumas espesas, y los gruñidos que surgieron de la niebla aquella noche. Los gritos, a veces horribles, otras, ahogados, de los que, convulsionándose un instante, se consumían. Y al alba, las huestes de cientos de figuras, apenas

—Siempre me llamaste por mi nombre. Eras el único.

—Eso quedó muy atrás. Pero decime algo de vos, Piqui. Qué hiciste cuando nos separamos.

—Bueno, antes que nada, me suena raro eso de que “nos separamos”. Creo que nos dejamos de ver. No sé, siempre sentí que yo era la que amaba y que vos…

—Era un tarado. —Guillermo se sorprendió de sus palabras, de la fuerza que tenía que hacer para no llorar.

—No, no, ¿Qué decís? ¿Justo vos tarado? ¡Nada que ver! Es que eras tan distante, tan autosuficiente…

—Nunca te dije, pero nunca, nunca: te amo. Jamás peleé por este amor. Pensé que, como ya lo tenía, se iba a ir regenerando solo. Me equivoqué. —Guillermo se quitó los anteojos. Así, en medio de la penumbra, sólo podía ver sombras, ningún rasgo marcado. Entonces apareció la cara de ella, la boca que él recordaba—. Vos te fuiste a vivir más lejos y yo estuve por ahí dos o tres veces y no fui más a verte. Así de simple; así de estúpido.

—Yo salía con alguien, si vos no te aparecías nunca, pero siempre pensé que...

—Ya lo sé. Ahora lo comprendo. Después de casi cuarenta años. No luché. La culpa fue mía.

—En una relación de dos, la culpa no es de uno.

—Callate, nena. Yo sé lo que digo. Ahora lo tengo bien claro.

—Pero…

—Es que yo estaba seguro, ¿sabés? Tu amor era como una enorme roca en la playa. Las olas nunca me tocaban. Yo podía jugar tranquilo con las sirenas. ¡Qué boludo! Si lo hacía sólo por la imagen. Vos eras la que me interesaba. ¿Y quién iba a mover una roca tan grande? ¿Eh?

—No entiendo.

—Y, claro, nadie puede entender a los que tiran a la basura lo más sublime, lo más hermoso.

—¿Qué me querés decir? ¿Que vos realmente estabas enamorado de mí?

—Sí. Y más que eso, aún hoy…

—¿Me seguís queriendo? ¡Me muero!

—Una parte. —Guillermo se restregó el pecho—. Nunca quise darme cuenta de que una parte de mí vive a pesar de mí. Una parte que se quedó allá, encerrada en nuestra calle. Perdida en un amor que no supo pronunciar.

Clara lloraba y al mismo tiempo reía.

—¡Gracias, gato, me lo dijiste! Lo necesitaba, ¿sabés?

—¿Pero hoy qué te pasa, nena? ¿Comiste pintura?

—Decímelo de nuevo, porfi, porfi.

Memo le soltó las manos. Se acomodó el pelo: ¡este jopo rebelde!

—Decirte ¿qué?

—Que me amás.

—Y si ya lo sabés, ¿para qué querés que te lo diga?

—Ya me lo dijiste acá al lado. Pero quiero escucharlo de tu boca. Porfi, porfi.

Él volvió a tomarle las manos. Qué raro era todo. Vio el llanto de ella. Se conmovió. ¿Él, justo él, conmovido por una mina? Pero no era una del montón; era su Clara.

Le vino la idea de que hacía incontables años que no salía, encerrado dentro de algo vivo, fatigado. Se echó a reír. Demasiados cuentos de Lovecraft.

Entraron una pareja de jovatos, y atrás, pegada a la mina, su Clara. ¡Su Clara!

No bien lo vio, ella corrió a sentarse frente a él. La pareja se sentó a la misma mesa. ¡Pero éstos son unos pelotudos de cuarta! Memo pudo ver que el hombre era el mismo que miraba por las ventanas redondas. La mujer no era aquella otra mujer. Le parecía… tenía un aire a su Clara. Más alta, pelo rubio, anteojos. Pero la misma sonrisa. Quizá fuesen parientes. ¿Qué carajo importaba? Ahí, frente a él, su amor.

Le asió las manos: frías. Deseó darles calor… imposible.

Levantó la vista y descubrió que esta Clara del bar no era como aquella Clara del lugar de encuentro. O sea, era Clara, sin lugar a dudas, pero había diferencias; pequeñas cosas que no encajaban.

—No sabés, gato —le dijo ella—, ¡tenía unas ganas de verte!

—Sí, yo también. —Y Memo alargó el brazo para acariciarle la cara. Frunció el ceño.

—¿Qué pasa, gato?

—No sé; estás diferente.

Ella se sonrió.

—Es que así es como me recuerda ella —dijo señalando a la rubia de su lado—. Vos también te ves diferente.

—¿Diferente? —Memo se palpó—. ¿Cómo que diferente?

—Y, así debe ser como te recuerda él. —Clara señaló al hombre al lado de Memo—. Estás lindo, ¿eh?

—¡Callate, nena! ¿De qué estás hablando?

Clara bajó la vista.

—Es nuestra última oportunidad —dijo.

—¿Pero qué te pasa hoy, nena? —Memo sintió que se le encogía el pecho—. ¿Me estás pateando?

Ella se levantó un poco de la silla y acarició la cara de él.

—¿Dejarte? ¡Jamás! Estuve con ella —y señaló a la rubia de al lado— esperándote. Sólo dos palabras hubieran solucionado todo. Sólo dos. Pero vos te fuiste. ¿No me querés decir nada, Memo?

—Ta'bueno el boliche éste, ¿no? —Memo no entendía lo que estaba pasando. Todo era raro. Hasta su Clara se comportaba extraña; parecía saber cosas que él ignoraba—. Aunque el mozo atendió a los jovatos y a nosotros no nos pasó pelota.

En el bar, Guillermo la miró; estaba menos destruida que él. ¡Mucho menos!

Piqui encendió un cigarrillo —no había podido dejarlo—; a Guillermo le temblaban las manos.

Se había prometido ser duro. Tal como se recordaba a finales de los sesenta y principios de los setenta. Así que la escucharía hablar y luego cortaría todo. Con frialdad, como correspondía a alguien felizmente casado, con dos hijos maravillosos y encima ¡abuelo!

—¿Qué tomás, Piqui?

—Un café. —Ella lo miró y apenas sonrió. El supo por el dolor en el pecho que no podría ni con un café.

—Otro para mí —pidió, sin embargo.

nítidas, blandiendo armas de bruma, hielo y fuego. Los ojos vacíos de vida y los bramidos de los cuernos sonados sin aliento. Aunque ella y su hermano huyeron, no pudieron dejar todo atrás. Los gritos de sus padres, horrísonos, los perseguían aun ahora. El humo sin fuego, el olor a carne socarrada y el frío que cala hasta los huesos estuvieron presentes todas las mañanas de su periplo. Huyeron por semanas, por meses. El arco de tejo negro del padre y unas cuantas flechas fue lo que los salvó de morir de hambre. Eso, algo de ropa y una barra de hierro rojo era todo su equipaje. Allí mataron para comer y conocieron la añoranza y el remordimiento. Pero ante todo, conocieron la incertidumbre.

La mano de Ostots sobre la suya la sacó de su ensimismamiento. Era hora. Ostots tomó el viejo arco negro, la aljaba nueva repleta de flechas y su daga de caza, afilada. Por último, tomó la espada de hierro rojo, con el filo nuevo y encarnado. Iba a usarla por tres noches. Se adentraría en las estepas de las que escaparan años antes, y regresaría con un trofeo. La Noche de la Forja les probaría a todos que el hierro era suyo, que no lo habían robado, que merecían ser admitidos en la ciudad. Les diría que sus manos hicieron la espada, como sus padres antes de ellos y, antes, sus abuelos. Ya no serían los huérfanos de la Llanura de Erdia, ni los vagabundos del bosque. Con ella, después del ritual, podrían fundar de nuevo un apellido y retomar el honor de su estirpe. Podrían vivir al abrigo de las murallas y ser contados en los anales del Forjador. La luz de la luna yacía prendida de los grandes abetos y pájaros innominados imitaban torpemente el ulular de las lechuzas cornudas. Ostots salió de la choza, con paso decidido, mientras recitaba en voz alta y firme un ensalmo antiguo: "la sangre, letra siempre / de la estirpe del nombre / guarde el aliento, lo proteja / el de nuestra raza y nuestro linaje / la sangre, letra siempre / de la voluntad de las Potestades". Un beso lejano y una lágrima de Grachi lo acompañaron en el aire nocturno.

Los días siguientes Grachi los vivió con desasosiego. Nada la calmaba. No podían tranquilizarla ni la ilusión de vivir entre la gente de nuevo, dentro de la villa, ni ver el nombre de su familia restaurado. Ostots, el mayor por cinco años, no le había hablado mucho de las noches de la forja, pese a que padre le relataba las tradiciones del ritual todas las noches, sin que ni madre ni ella pudieran oírlos. Todo lo que sabía era que él debía salir a los páramos en donde medraba la Niebla, y que debía regresar vivo, con la espada que ellos habían forjado, bañada del licor de la sangre de las nieblas.

Años atrás, cuando llegaron al bosque, tenían la esperanza de ser aceptados en la gran villa. Pero los regentes fueron inflexibles. Sólo la venia del Forjador podría haberlos ayudado, y sería hasta el próximo solsticio en que él, en su continua travesía, cantaría los nombres de las familias libres en la plaza central de Gartzene, la gran villa de Frenzel Meridional. Cuando llegó el día, el Forjador los llamó ante él. Su mirada

insondable les habló de la severidad de su juicio. Podrían vivir entre los hombres si forjaban su propia hoja, como cada familia, y si Ostots acudía al ritual la noche en que fuera llamado. De no hacerlo, la Niebla habría oscurecido su destino, y sus vidas estarían tocadas por la desgracia. Permitirles vivir en Gartzene sería como abrirle las puertas a las huestes de la niebla y a las sombras nocturnas. Sin poder apartar esos recuerdos, Grachi había pasado esos días dentro de la cabaña, apenas saliendo para recoger agua en el arroyo.

Al tercer día permaneció cerca de la forja, aquella que les había costado tanto sudor construir y en donde ella y Ostots se habían turnado para golpear el metal. El crepitar del fuego proclamaba que esa noche era decisiva. Los ojos de la chica se nublaron con lágrimas de añoranza. "Y si no llegara…". No se había atrevido a pensar en ello hasta ahora.

La noche caía y un viento sopló desde las llamas, siempre encendidas. El calor abrazó su rostro por momentos. Los carbones comenzaron a encenderse con ímpetu, como si alguien moviera el fuelle. El fuego comenzó a avivarse por sí mismo. Tiñó de carmesí la habitación, del mismo tono del metal que había pertenecido a su familia por generaciones. Las llamas le recordaron a la joven las viejas historias de cómo el hierro rojo había llegado hasta ellos de Oriente, de cómo fue sacado de las fauces de las grutas más profundas. Ahí residía el orgullo de su familia. Ese metal era sangre, derramada por unicornios y por bestias de antaño, encerrada en el vientre de la tierra, endurecida por los males de ese mundo, hecha metal para proteger y bendecir.

El fuego danzaba ante ella, recreando las imágenes de edades pasadas, formando las figuras de hombres y de seres de otras razas, todas luchando ante la vicisitud, ante la inquina, ante la incertidumbre, ante la niebla que nublaba la vista y hacía perder la esperanza. Y las brasas, enardecidas y crepitantes, le mostraron el final de ese destino: Ostots yacía en las estepas, apabullado, con el cuerpo roto, asediado. Clamaba por ella y la espada yacía a muchos pies de él, bajo los cuerpos exangües de cuantiosos enemigos; etéreos unos, corpóreos y húmedos otros. El fuego la urgía a salir y la sangre de sus venas ardió. Nunca antes había sentido una furia tal, ni tal desesperación. No tomó su capa ni sus botas. No tenía montura. Sólo tomó una daga del taller.

Se adentró con premura en la noche, y su cabello, otrora castaño, estaba teñido de furor. La luna se ocultó, tímida ante tal despliegue. El fervor rugía en su pecho, que se agitaba como el fuelle de la forja. Sus ojos tomaron un toque cinabrio, y recorrió la estepa a grandes zancadas, como un lobo rojo. Su agitación creció al ver un cuerpo yerto, tendido entre las hierbas resecas. Su fulgor no desapareció y parecía que el pasto agostado iba a incendiarse en cualquier momento. Ahí yacía Ostots, todavía con un hilo de vida, pero inconsciente. Un rastro de sangre mostraba el lugar en donde había caído muchas veces, para levantarse después y seguir lu-

y Guillermo lo hacía por la mañana. Ahí se pusieron al día, relatándose la vida desde la última vez que se vieran. Ella, casada dos veces y separada de ambos. Dos hijas del último marido. Él, todavía felizmente casado en primeras nupcias, con un hijo, una hija y una hermosa nieta de tres meses que le había dado el hijo.

Les causó extrañeza no encontrar la razón de su alejamiento. Él se dio cuenta de que recordaba aquel amor con dolor, y que ella lo hacía con ternura:

"Te amaba —le escribió un día, y Guillermo pudo leer el atropellamiento de esas palabras escritas como si Piqui se las estuviera diciendo en voz alta—, así como se debe amar, ¡con el alma! Nunca sentí lo mismo de tu parte. Esto es un pensamiento que analizo hoy, ¡en aquel momento no analizaba nada! Vivía como sumergida en el agua de un río que corría y corría, sin parar a preguntarme adónde quería ir, adónde iba. Vivía apresuradamente, tomando y queriéndome comer la vida así, toda. Muchas cosas no tenía claras, ¡casi nada! Lo que sí tenía claro es que eras mi amor".

¿Qué contestar a tal declaración? Guillermo se friccionó el pecho, imposibilitado de creer en la angustia: me debe haber caído mal la comida.

Volviendo a lo de Piqui, ¿qué hacer? Retornó a esas palabras cargadas de juventud que permanecían en la pantalla. Prestó atención a los verbos: "amaba" y "eras". En su mente se recortaron en rojo sobre el texto negro. Comprendió. Le saltó la imagen de él volviendo en colectivo a su casa materna. Ese día había sido el último. No se acordaba bien de la pregunta que él había formulado, pero tenía grabada la respuesta de ella: "nunca lo voy a amar como te amé a vos". En aquel entonces, Guillermo también había prestado atención al verbo: "amé", le había dicho ella. Y él se fue. A su casa se fue. Sin luchar. Recordando que por aquel entonces tomaba el papel del recio del barrio, y que por eso mismo jamás antes le había dicho a Piqui que la amaba. ¿Para qué? Si ella estaba loca por él.

Otra vez el pecho. Guillermo se sentía pequeño, marchito y, por sobre todo, estúpido. En aquella vuelta en colectivo se había dado cuenta de que una parte de él se desprendía, y de que por sí sola iniciaba un camino sin salida.

"Querida Piqui —le escribió ahora como toda respuesta—, tus palabras me llenan de afecto".

¿Qué más podía escribir? Un cincuentón gordo y pelado. Un abuelo. ¿Qué le venían con esas pelotudeces de adolescentes?

Al otro día recibió un escueto correo: "Invitame a tomar un café, Guillermo".

Sí, eso tenía que hacer. Ir a tomar algo con Piqui, y sacarse de encima el pasado. Tirarlo. Desprenderse de él, como quien toma una aspirina para el dolor.

Pero éste era un dolor antiguo.

Qué bar extraño, pensó Memo. Cosa de locos, che. La fría noche cerrada, y la penumbra adentro no lo dejaban ver mucho. ¿Cómo habría llegado hasta acá? ¿El viejo le había prestado el milquinientos? ¿Tomó un colectivo?

maba por el nombre. Ella era mi… Y qué carajo estoy pensando; uno ya tiene la vida hecha, con compromisos. Uno es un hombre maduro, qué tanto.

Como para olvidarse del asunto, decidió imprimirle las fotos a su hija. Luego revisaría los otros correos.

Tuvo que esperar hasta la mañana siguiente para leer lo que deseaba: "Viniste, gato", puso ella por toda respuesta.

Y con eso bastó, claro que sí.

Memo sintió un sacudón, un fuego que lo despabiló de la contemplación eterna. ¿Eterna? Si él sólo estaba pensando que… que… ¿En qué estaba pensando? A ver, a ver… ¡no se acordaba! Seguro en la última de los Beatles. O no, quizá en que hacía como trece años que River no salía campeón, puta madre. Mejor me voy a ver a Clara.

En el lugar de siempre no vio a su Clara. En cambio vio a una señora y a un señor que, tomados de la mano, se asomaban a dos ventanas redondas. Qué extraño, el lugar donde Clara siempre lo esperaba era éste, pero a las ventanas nunca las había visto. Su amor ausente le produjo vahídos. Pero se recompuso: él era fuerte, el capitán del equipo, el macho del barrio, qué joder.

Se acercó a los jovatos, curioso. Ellos ni se mosquearon; seguían mirando por las ventanas. ¿Pasaban una de ciencia ficción? ¿Cuál sería? ¿Una especie de sala cinematográfica nueva? ¿Justo en el lugar de ver a Clara? La película versaba sobre uno de más o menos treinta, con su pareja y una beba. Los tres se relacionaban amistosamente con una rubia bajita, muy bonita, con una sonrisa compradora que mataba. Los veteranos a veces se palmeaban, complacidos. Otras veces él la abrazaba, ella apoyaba la cabeza en el hombro de su compañero y lloraba gozosa. ¿Qué lo llevó a quedarse tanto tiempo ahí, si todo, pero todo, todo, era paz y amor? ¡Qué asco!

La acción de la película, si a eso podría llamarse acción, transcurría en una Buenos Aires del futuro. ¿Qué serían esos aparatitos por los que hablaban, o a veces jugaban, los protagonistas? ¡Y los autos, mamita! ¿Cómo habían logrado hacerlos tan espectaculares? Parecían de verdad; no esas maquetas truchas de las películas clase B. Cada tanto aparecía una Estanciera o un Fiat 600, pero no nuevitos como Memo estaba acostumbrado a verlos por la calle. El director habría querido dar un toque de nostalgia; eso debía ser. Bueno, la película era un bodrio. A Memo le gustaba mucho más esa serie nueva: "Viaje a las estrellas"; era fanático de Spock. Ahí sí que había acción.

Pero su Clara no apareció. Por primera vez había faltado. Memo volvió a su propio espacio, en el de estar a solas, y quedó atrapado, arrullado por un sonido palpitante. Un corazón, se dijo, parecería que estoy dentro de un corazón. Pero no como el mío; éste es un corazón cansado, que lleva el exacto ritmo de una rutina. El mío bombea con más fuerza, con más polenta. Y ni te cuento si estoy frente a mi Clara.

Los correos se sucedían diariamente. Piqui escribía bien entrada la noche,

chando. La espada yacía a unos cuantos pies. Grachi la tomó; estaba fría, como el aliento de los gigantes que soplan las tormentas.

El fuego en su cuerpo acalló. Ahora no era furia; era desesperanza. Tocó la mejilla de su hermano. Antes sabía que estaban destinados a crear una familia entre ellos, a ver restaurado el linaje. Pero ahora no quedaba eso. Era cuestión de momentos para verlo partir. Y en ese instante la niebla la rodeó. Se hizo fuerte con su dolor. Bebió la sangre de todos los caídos y el miedo de ambos jóvenes. En un santiamén se construyó una figura terrible, de garras y colmillos acerados, y aulló de júbilo en la noche, pues devoraría un par de almas quebradas.

Grachi se dio cuenta de que la niebla se arremolinaba a sus espaldas. Sólo quería caer yerta. Pero tocó a Ostots, su sangre roja, y vio la sangre espesa y clara de la niebla que cubría la hoja. No podían llegar a ser lo mismo que la niebla. No iba a ser uno con ellos. Nunca serían lo mismo; la niebla, la desazón, no los devoraría. Y surgió de nuevo el resplandor del fuego y lo transmitió a la espada.

Rugió como un volcán; su destino siempre había sido explotar y llenar los vacíos con llamas. Encaró a la niebla, henchida de furia. No era la primera vez que luchaba para sobrevivir y rememoró los gritos que siempre la habían perseguido. Ella era un trozo de sol, y la espada refulgía como un aguijón, como una esquirla de estrella. Blandió la hoja y cruzó el aire; hendió la niebla, apartó las sombras. La bruma, lastimera, la hería con furia, pero la sangre derramada sólo daba más vigor a la doncella. El cabello de la joven era rojo, de fuego y de sangre, y sus ojos hendían la noche y cortaban las mil extremidades de la niebla.

Aullidos estremecieron la estepa. Unos de furia; otros, de derrota. Marcas de caídas titánicas, rocas partidas, fuego; eso era la llanura esa noche. La sangre roja chorreaba por la espada, bajaba y caía sobre la tierra.

La niebla se apartó, mutilada. Grachi yacía apenas en pie y Ostots todavía respiraba. De los labios trémulos de la joven, surgieron versos que no conocía, pero que habían estado siempre ahí, como las últimas chispas de una brasa que va a dormir: "la sangre, letra siempre / de la estirpe del nombre / guarde el aliento, lo proteja / la sangre, hija del fuego / permite que respiremos otro día".

© César R. Lucio Palacio, 2014.

César Raziel Lucio Palacio
(México —Aguascalientes, 1981—)

Biólogo, lector empedernido y escritor polifacético, en **NM** publicó "Los cuervos también despiertan al amanecer" (# 19), "El pienso" (# 21), "Eternidad" (# 23) y "Lamento" (# 25).

UN DÍA EN LA VIDA DE SHIMIZU-SAN

MARÍA J. GIL BENEDICTO

Para las niñas eternas

La señora Shimizu se incorporó del futón con mucho cuidado, como hacía todas las mañanas. Y, como todas las mañanas, agarró el bastón con la empuñadura de marfil y se dirigió a la cocina, no sin antes acercarse al calefactor y golpearlo suavemente. *Buen chico*, repitió varias veces. Al fin y al cabo, ¿quién cuidaba de sus pobres huesos artríticos?

En la cocina, la tetera bullía y el fuego se agitaba arriba y abajo con cada salpicadura de agua hirviendo. Cuando la tetera comenzó a pitar estrepitosamente las niñas se presentaron de golpe. *Demonio de mocosas, que no dan tiempo ni a preparar el desayuno*, pensó con resignación.

—No hay necesidad de madrugar tanto —les dijo mientras intentaba alcanzar la caja con el arroz de uno de los armarios—. ¡Hoy es sábado!

—¡Queremos jugar! —protestaba una de ellas.

—Bien, bien —replicó sin girarse—; pero en silencio, sin armar jaleo.

Las niñas le hicieron caso hasta que desapareció el contenido de los platillos del desayuno. Luego, estrellaron los cojines de la salita contra el suelo y se dedicaron a pisotearlos. La señora Shimizu fingió que no las oía. Ordenó la cocina, se arregló con esmero y, por último, se ajustó el *yukata* y cogió una cesta para ir a comprar.

—Vuelvo en seguida. No alborotéis —les gritó desde la puerta.

Estas criaturas me van a volver loca, afirmó para sí, mientras se calzaba las sandalias.

Ya en la calle se topó con el vecino de al lado y se agasajaron cumplidamente, como si no se hubiesen visto en años. También pasó junto a la maestra y le hizo una reverencia. ¡Oh!, y a su perrito. Y no se olvidó de saludar al dueño de la funeraria, aun-

CUANDO ALGO MUERE

RICARDO G. GIORNO

Guillermo abrió el correo Yahoo: setenta y siete mensajes distribuidos entre Axxón, Taller7, ComunidadCF y Pórtico, y dos personales. Uno de Marina, que le decía: "Papi, te mando estas fotuchis para que me las imprimas. Beso, tu hijita". El remitente del otro le avivó algo en el pecho: una tal Piqui Herrero lo invitaba a hacerse amigo en Facebook.

—¡Qué lo parió —se dijo Guillermo en voz alta—, al final, el sobrenombre le ganó al nombre! ¿Cuánto habrá pasado de la última vez que la vi, treinta, cuarenta?

Los años le cayeron encima, dejándolo mudo, con la mente en blanco.

Esa presión nacida en el pecho tuvo la fuerza necesaria para dirigir el *mouse* al *link* de confirmación.

Ya estaba, ya eran amigos en la *web*. No había vuelta atrás.

El retrato de una sonriente cara redonda, dientes pequeños, pelo rubio corto, se desplegó en la pantalla. Una cara —sobre todo la boca— muy reconocible a pesar de los años. ¿Y ahora qué haría, Guillermo? Saludarla, claro. Antes hurgó un poco en los álbumes, en el perfil de ella.

Descubrió dos hijas. Fotos de viajes al exterior. Ni quiso enterarse de quién era el marido entre los hombres que aparecían en esas fotos.

¡Esa boca! Piqui aparecía siempre con aquella sonrisa que a él… La presión en el pecho se intensificó, Guillermo decidió ignorarla. Sólo recuerdos; boludeces de cuando era pendejo.

Escribió en el muro de ella: "Hola, Piqui, tanto tiempo".

Sí, mejor así; algo bien formal, se dijo. Y si quiere usar ese sobrenombre ridículo, aquel "Piqui" de su juventud, allá ella. No voy a ser el que le lleve la contra, justo ahora. Sin embargo, yo era el único que la lla-

consta que el objeto en cuestión no estaba presente hace unas semanas; menos al ingreso a la institución… Simplemente apareció en su posición subcutánea. Nadie del equipo médico ha logrado encontrar una explicación plausible del fenómeno.

(Estática).

”Sea como fuere, la luminosidad del artefacto, aun bajo la piel, es detectable y desde hace días ha empezado a manifestar una pulsación energética… cada vez más rápida.

Fin del registro.

© Carlos Páez S., 2014.

Carlos Páez S.
(Chile —Viña del Mar, 1978—)

Ecléctico administrador de ciberbitácoras, colaboró en medios de CF como **Axxón**, **Chile del Terror**, **Planetas Prohibidos** y **Tauzero.org.** En **NM** publicó “Dana” (# 26), “Hijos sin nombre” (# 30) y “El Errante” (# 33).

que éste se encontrara en la otra punta. *A estas edades, una nunca sabe.*

En el mercado compró verduras y pescado para preparar una comida sustanciosa. Esa semana había cobrado la pensión y se lo podía permitir. El pescatero le sonrió. A él también le faltaba un diente, y eso que era mucho más joven.

Cuando regresó se fijó en la sombra de la ventana de la casa de los nuevos vecinos. La espiaban. Seguro que creían que era una de esas viejas que debería estar en algún sitio que no fuera aquel barrio decente. Ese pensamiento la hizo ensimismarse y hasta que no estuvo dentro no se dio cuenta de lo silenciosa que estaba la casa. *¡Qué raro!*

Las niñas la esperaban en la cocina, muy quietas y muy juntas, como si escondieran algo.

—¡Qué me estáis ocultando!

La señora Shimizu se aproximó y las niñas se separaron apenas lo suficiente para que viera que, detrás de ellas, había otra niña tan diminuta que *los dos renacuajos* la tapaban completamente. La señora Shimizu contuvo la respiración, para no enfadarse demasiado.

—Os he dicho mil veces que no quiero que venga nadie a esta casa sin mi consentimiento —refunfuñó sin despegar la vista de la pequeña, que también la miraba con sus ojos redondos.

—Es extranjera —explicó una de las niñas, como si eso justificara la desobediencia.

—¿Puedo quedarme? —preguntó la niña de ojos grandes y en su boca se dibujó un hoyuelo.

La señora Shimizu negó con la cabeza, pero replicó: —Sí, claro que sí.

Las tres niñas gritaron a la vez y salieron a la carrera por el estrecho pasillo. Ella se dispuso a cocinar mientras las oía hablar y reír.

Después de la comida vino la siesta y fue un breve momento de reposo para ella porque, por la tarde, la señora Shimizu tuvo que poner orden de nuevo.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Queréis dejar en paz a la extranjera? Su cabeza no es una pelota —les increpó con un gesto amenazador.

Las niñas callaron un instante pero, cuando ella se dio la vuelta, volvieron de nuevo a correr por toda la casa, con la extranjera chillando “¡mi cabeza, mi cabeza!”, a todo esto sin dejar de reír. *No sé qué puede hacerles tanta gracia, la verdad*.

En la casa de los Watanabe alguien escudriñaba por la ventana. Al nuevo vecino le molestaban los gritos de la señora Shimizu y quería saber qué estaba pasando. Su mujer lo sorprendió varias veces asomando la nariz y se aproximó con sigilo, intentando averiguar qué le parecía tan interesante.

—Deberíamos avisar al médico. Shimizu-san se pasa el día dando voces.

—Es una señora anciana. Es normal que grite si no oye bien.

—Pero me pone nervioso. Es como si ocurriera algo malo en esa casa.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque es mayor, porque está sorda? Claro que ocurre algo malo. La vejez no es agradable.

—Que no es eso, mujer…

—¿Ah, no? ¿Y qué es, entonces? También tu madre habla fuerte cuando viene y a ti no te molesta.

—No te metas con mi madre.

—Pues no aceches a los vecinos.

—Que no, mujer, ¿quieres hacer el favor de escucharme?

Y siguieron discutiendo hasta la hora de cenar.

Con el anochecer llegó la tregua. Las niñas interrumpieron el juego y revolotearon alrededor de la mesa de la cocina. La sopa de miso estaba muy caliente y la señora Shimizu agitaba sobre ella un pequeño abanico, para enfriarla poco a poco. Ellas sólo querían meter el dedo a ver si abrasaba de verdad o, a lo mejor, era un cuento de Shimizu-san, como aquellos que les contaba algunos días. Pero hoy no. Se habían portado mal y estaban castigadas, así que las pequeñas siguieron removiendo la sopa con el dedo hasta que arrancaron un bufido mezclado con una carcajada de la boca sin diente de la señora Shimizu.

Tras la frugal cena se dispuso a acostarse, sin olvidar el incienso y las oraciones y, no bien hubo arrimado la mejilla contra uno de los cojines, notó que las niñas entraban en la habitación. "¡Ay, señor —pensó—, todas las noches la misma historia!".

—Shimizu-san, Shimizu-san, ¿estás dormida?

—No, no estoy dormida. ¿Qué queréis ahora?

—¿Somos guapas? —entonaron al unísono.

La señora Shimizu apoyó el codo en el futón y se quedó mirándolas detenidamente. Las tres niñas, una al lado de la otra, esperaban impacientes su respuesta.

La mayor estaba casi esquelética y su cuerpo se cubría con enormes moratones, como si la hubieran golpeado con algún objeto. La del medio tenía la piel musgosa y llevaba unas ropas que parecían rescatadas de un vertedero. La extranjera era la más desvalida. Sujetaba su cabeza entre las manos, ajustándola con fuerza al diminuto cuello, y la miraba con sus ojos redondos inyectados en sangre. La misma sangre que recorría su cuello, de un lado al otro de la profunda cicatriz.

La señora Shimizu cerró un instante los párpados, sonrió y les dijo: —Sois las niñas más bonitas de este mundo.

Ellas se empujaron entre sí, complacidas, y desaparecieron por el oscuro pasillo, sin parar de reír.

—¡Buenas noches, hasta mañana! —se despidieron, y sus voces sonaron lejanas.

La señora Shimizu no tuvo fuerzas para desearles lo mismo, porque un sollozo ahogado le oprimió la garganta.

© María J. Gil Benedicto, 2014.

María José Gil Benedicto
(España)

Colaborada habitual en **miNatura**, escribe relatos cortos, poesía y cuentos y participó en diversos certámenes, dentro y fuera del mundo de la CF.

sus tratamientos han implicado una útil ancla hacia esta realidad, lo que ha incrementado mis capacidades.

—¿Debo deducir que, en sus "viajes", el mantener un vínculo con su cuerpo le resulta útil?

—Bravo, doctor; algo similar… Verá, el ostentar el poder de Arisia me da una ventaja significativa frente a cualquier humano, pero el nexo con mi cuerpo a salvo en mi realidad, y por lo tanto inmune a cualquier ataque, me hace tener la noción más profunda de mi propia inmortalidad; es la clave para el desarrollo total de los poderes de la lente, a una velocidad muy superior a cualquier registro arisiano.

—¿La lente es el aparato cristalino que dice llevar en su mano cuando viaja a su universo de ciencia ficción? ¿Aquella que lo alerta del peligro y lo comunica con los seres celestiales?

—El arma definitiva, entregada por los arisianos a los guardianes, para combatir a los boscones y a sus amos eddorianos.

—Por supuesto, los eddorianos…

—Sí, doctor; los hombrecitos verdes que usted cree que me perturban en mis sueños.

—Una forma burda de hablar sobre las figuras autocreadas que representan los males y vicios latentes de su Ello.

—Ojalá fueran sólo creaciones de mi mente, doctor; pero lamentablemente son reales y poderosos… Y tarde o temprano sabrán de mi existencia.

—¿Lo cual debe ser preocupante?

—Mucho más de lo que pueda imaginar. Seres de maldad pura, dioses ajenos a cualquier restricción física; si me descubren antes de que los venzamos… vendrán aquí.

(Estática).

Informe final del registro 18

—El sujeto 43 sigue sin mostrar avances y parece encerrarse cada vez más en su caracterización imaginaria de un héroe espacial, mostrando una progresión poco alentadora hacia un delirio narcisista, con su extraña somatización catatónica en procesos de sueño profundo.

"Probaremos una nueva combinación de psicotrópicos que ha preparado el doctor Smith. De no lograr una respuesta adecuada, usaremos una terapia de choques eléctricos para lograr una vigilia continua inducida; tal vez una supresión prolongada del estímulo onírico logre una interacción mas sinérgica del tratamiento farmacológico.

(Sonido de encender un cigarrillo).

"Aunque… hay algo que resulta perturbador y que no puedo dejar de mencionar… Los rayos X han mostrado que el objeto luminiscente bajo la piel de la mano del sujeto 43, situación ya descrita en informes previos, es bastante mayor de lo que pensábamos y de una naturaleza desconocida; una especie de polímero cristalino energizado, rodeado de zarcillos que se extienden hacia el antebrazo del paciente. Adjunto en el informe escrito los resultados del espectrómetro.

"Es un hecho que no hay señal de implantación quirúrgica. Eso sin considerar que efectivamente me

—Debe reconocer que difícilmente podría creer que efectivamente ha viajado a una especie de futuro de ficción.

—¿Y cómo explica los conocimientos adquiridos?

—Memorias reprimidas; conocimientos que adquirió con anterioridad y los borró…

—¿Conocimientos adquiridos que aún no han sido descubiertos?

—No hay forma de probar que esos conocimientos sobre rayos de éter y uso del hierro como fuente de energía sean reales.

—No ha querido comprobarlos.

—¿Comprobarlos con escritores de ciencia ficción?

—Con científicos, físicos y químicos. De partida, las ecuaciones que le he proporcionado deberían ser muy interesantes para físicos teóricos de todo el mundo.

—Usted lo ha dicho: convenientemente teóricos.

—Una ciencia bastante más exacta que la psicología.

(Carraspeo).

—La psicología no se basa en sueños.

—Freud no opinaría lo mismo, doctor.

—*Touché*; la agudeza de su mente, obviamente, no se ha visto disminuida.

—Sólo lo que sus medicamentos puedan haber producido.

—Debo reconocer que éstos han producido menos de lo esperado.

—Casi nada; los efectos de sus antipsicóticos son casi nulos, doctor.

—Un desorden de tipo metabólico, simplemente.

—¿Que implica que, al parecer, drogas diseñadas para traspasar las barreras hematoencefálicas son incapaces de alcanzar mi corteza cerebral, como si ésta estuviera aislada energéticamente de nuestro espacio-tiempo?

—Más bien implica que, al parecer, su sistema inmunológico combate a los compuestos con una celeridad peculiar.

—Una teoría plausible… Si estos compuestos produjeran un aumento de la actividad leucocitaria o agentes similares; más si hubiera algún rastro de excreción de estas drogas y no simplemente la desaparición total de los compuestos.

—Interesante, pero la ciencia médica tiene sus preguntas siempre.

—La ciencia médica tiene sus negaciones siempre; por suerte, aunque me veo afectado por sus drogas en mis "viajes", tenemos cómo contrarrestarlas fácilmente.

—Eso es nuevo. Me dice que, aunque las drogas afectan su cuerpo, en el otro universo ha encontrado la forma de evitarlas.

—La división científica de la patrulla galáctica está muy avanzada.

—¿Y son ellos quienes tienen la forma de eliminar nuestras drogas?

—Un simple tratamiento positrónico.

—Otro concepto de ciencia ficción.

—Difícilmente, doctor; es física cuántica básica.

—Por supuesto; básica.

—De hecho, debo agradecerle.

—¿Por mi lucha para revertir su condición patológica?

—Más bien por su testaruda manía a cerrarse a la realidad obvia;

GENIO Y FIGURA…

CARLOS SUCHOWOLSKI KOHN

Pese a todo, resistía. Cuando se detenía a pensar en ello, cuando despertaba de ese modo el motor del pensamiento y comenzaba a conversar involuntariamente consigo mismo, en la cabeza, mientras no por ello dejaba de andar por el camino, buscando… buscando tantas cosas, acababa sumido en una perplejidad que resultaba amenazante. Al cabo de un rato de intentar en vano comprenderlo, se encontraba a punto de quedarse allí mismo hecho un ovillo, dejando que la noche lo cubriese, que el frío lo llevase al sueño, a un último sueño, que a través de un repaso de todo lo perdido y recordado lo condujese a la muerte, a perder todo pesar y a poder abandonarlo todo para lo que fuese… No obstante, seguía andando y acallaba el pensamiento, la mirada en la siguiente curva, en algún pueblo fantasma que aparecía delante, o más abajo, seguramente, otra vez, fantasma, abandonado, pero refugio suficiente para él, para pasar la noche, para evitar la muerte, para seguir al día siguiente. Incluso, una vez en la que lo había intentado… se despertó con un grito, entumecido. Era evidente que lo asustaba la muerte, que no podía concebirla, que no estaba dispuesto, o preparado, si cabe así decirlo, para entregarse a ella.

El pueblo se materializó tras una curva prolongada, que subía un poco más allá para luego comenzar a descender, como si hubiese sido empujado a aparecer desde las entrañas de la tierra. Había andado muchas horas por esa carretera comarcal, después de dejar atrás la casa solitaria donde había pasado la noche, y se había podido dar un atracón de buen queso y salchichón cuyo sabor aún paladeaba, acompañado de un vino un tanto fuerte para su gusto. Esa noche quizá ese vino le había

producido dificultad para conciliar el sueño y le había procurado por fin un par de pesadillas que ya se habían desdibujado. Llevaba en los bolsillos un buen trozo de ese queso y la bolsa de avellanas que también había encontrado en la alacena de la casa. Le pareció suficiente por el momento, porque estaba seguro de que volvería a hallar comida más adelante, y refugio, ¡ay!, y tal vez compañía…, por qué no… Evitó pensar en ello. Por lo demás, aún no tenía hambre, pero la tendría.

El cielo estaba encapotado. Pronto terminaría por llover a cántaros; debía apresurarse. Tal vez, durante la noche, cuando la temperatura descendiera más, podría llegar a nevar. Faltaba aún para el invierno, pero en esa parte del mundo el otoño no era el del pueblo, donde las hojas se solían tostar antes de alfombrar el mundo con sus láminas de chocolate con leche, naranja y limón… ¡Oh, sí!; seguía jugando con las palabras, componiendo frases que sonaran bien y dijeran lo justo para después corregirlas en su mente… Aunque muchas se olvidaban, como de costumbre, al dormirse sin apuntárselas…; para lo que servían muchas veces… Lo del chocolate, por ejemplo, le pareció de inmediato una metáfora penosa que sólo podía interpretarse como la consecuencia de una histriónica nostalgia que quizá acabaría sintiendo… pronto. Un par de veces se había detenido para apuntar la frase, pero no lo hizo…; mejor, no servía para nada.

Salvo por la perspectiva de la lluvia, la bajada de la temperatura, la llegada de la noche y, en todo caso, el miedo a lo desconocido, no tenía más razones para andar de prisa. No tenía razones ni siquiera para andar, para vivir… No tenía sentido ir de prisa, tal y como se presentaban las cosas después de cuarenta y pico de días, tras los cuales se había hecho para él mucho más importante sobrevivir gracias a no cruzarse con nadie que llegar a algún destino preciso: el siguiente pueblo, una ciudad, probablemente campos de batalla de vándalos y desesperados, territorios donde se podrían estar imponiendo ya férreas dictaduras paramilitares o de bandas mafiosas. Las imaginaba a sabiendas de que lo imaginaba, pero dudaba de estar muy equivocado: eran las variantes más probables que las circunstancias permitían calcular.

No obstante, necesitaba abastecerse a partir de aquello que los demás hubiesen abandonado, ya fuese por haber huido donde fuera o por haber muerto.

Por eso no tenía sentido detenerse y apuntar. Tal vez era mejor dejar que las frases se escribieran de manera fugaz en su mente, para desprenderse de ellas de inmediato al ser empujadas por otras y, en todo caso, jugar con ellas, inventando o creyendo inventar otras… las mismas que había olvidado, apenas con algún matiz insignificante. Frases al viento, revoloteando para desaparecer.

No obstante, varias veces permaneció garrapateando unos minutos con una letra pequeña, para que el texto cupiera entre las líneas impresas del libro que llevaba consigo y conservar algo de espacio en blanco hasta

SUJETO 43, HOMBRE LENTE

CARLOS PÁEZ S.

ARCHIVO 432
NOMBRE CLAVE DEL *DOSSIER*: "DAYDREAMER"
(TRANSCRIPCIÓN DEL RESPALDO DE AUDIO)

(Carraspeo).

—Registro número 18, marzo 23 de 2015, Hospital Psiquiátrico Mount Sinai, Orlando, Florida.

"Isaac Schwartsman, psiquiatra residente.

"El sujeto 43 aun mantiene la condición; la catatonia total episódica que exhibe durante algunas noches continúa, con la sola diferencia de exhibir un leve y sostenido aumento. Los signos persisten y las últimas pruebas siguen demostrando un cuasicoma bajo un profundo estado REM; aunque se han intentado múltiples tratamientos farmacológicos, sigue siendo imposible revertir el sopor.

(Estática).

—Básicamente nos hemos enfocado en el paciente en estado de vigilia; un enfoque conductista pensado para revertir la necesidad de la asociación con la experiencia onírica. Sin embargo, la falta de resultados sigue siendo desalentadora y el sujeto insiste en sus experiencias imaginarias.

(Estática).

—Cuénteme de su último "viaje".

—¿Para qué? ¿Es parte del tratamiento estándar el mostrar un "sincero" interés en las alucinaciones cognitivas del sujeto de estudio?

—No las definiría como cognitivas.

(Sonido de lo que parece ser el encender un cigarrillo).

—Oníricas, entonces.

—Es un enfoque.

—Y seguirá siéndolo mientras siga considerando que sólo son sueños o alucinaciones mías, doctor.

En ese momento me di cuenta de que mis recuerdos eran sólo eso. La mayoría de gente actuaba como Jaime. Ya habían olvidado su antigua vida; no querían ni oír hablar de ella. Su nueva vida en la oscuridad les parecía bastante buena.

A mí, sinceramente, no; mis recuerdos —aun habiendo pasado ya treinta años— eran muy claros. No podía olvidarlos. La vida en las tinieblas no era para mí; necesitaba salir y volver a respirar el aire puro de la superficie, volver a ver la luz del sol.

Me senté en el suelo a meditar. Estaba solo; todo el mundo había ido a comer. Yo no tenía hambre. Ya no quería comer; no volvería hacerlo allí dentro.

Si no podía salir, prefería acabar de una vez con mi sufrimiento. Sólo la esperanza de volver a la superficie me había mantenido con vida; sin ella, la muerte era mi única salida.

Estuve un largo rato con los ojos cerrados sin pensar en nada, con la mente en blanco. Cuando volví a abrirlos algo cambió dentro de mí. La oscuridad pareció desaparecer; una luz brillante apareció ante mí, iluminando el camino de salida.

Era la señal que llevaba tanto tiempo esperando. Saldría de allí y lo haría solo. Al fin y al cabo, así me encontraba, a pesar de convivir con multitud de personas.

Desde el primer instante en que entrara en ese oscuro lugar la soledad se adueñó de mí; no conseguí nunca dejar esa sensación de soledad en ningún momento.

Mientras recorría los pocos metros que me separaban de la superficie, los recuerdos volvieron a mi mente. Me sentí feliz, con fuerzas para salir. Los miedos y las dudas que alguna vez pude tener desaparecieron; una nueva vida me esperaba allí fuera y yo estaba dispuesto a vivirla.

© Diego Galán Ruiz, 2013.

Carlos Galán Ruiz
(España —Lérida, 1973—)

Publicó “La primera vez” en la revista en línea **La Ira de Morfeo**, “La tarea” en **miNatura** 125 y “La imagen” en la 126, así como los microrrelatos “El dolor de cabeza”, seleccionado para el libro surgido del II Concurso Internacional de Microrrelatos de **mundopalabras**, y “La amante”, en el libro *Cachitos de amor 2*, como finalista del II Concurso de Microrrelatos ACEN, en tanto que “Obsesión” integra la antología surgida del concurso Érase un Microcuento.

Asimismo, bajo el seudónimo Diego Ruiz Martínez, publicó en la ciberbitácora de Ediciones Javisa los relatos “El extraño” —traducido al francés como “L’étranger” y publicado en la ciberbitácora “Lectures d’ailleurs”, junto con una pequeña entrevista—, “La libertad”, “El ángel de la guarda” —reeditado en **NM** 29— y “El castigo”.

el último momento…, ¡ahhhh…, qué momento…! Se había visto obligado a escribir en el libro para tener una sola cosa que cargar, que a la vez le sirviese tanto para leer como para escribir, y porque pensó que así podría mantener un orden sin tener que enumerar las páginas; es decir, aprovechando su numeración, hasta que lo pudiera transcribir… ¡Un sinsentido…!; estaba perdiendo la cordura…; aunque…, pensaba, nunca la tuvo del todo, como ahora, por fin, se demostraba; ¡siempre en el borde…! Esperaba, no obstante, que luego no le costara mucho leer aquello (la mano enguantada para evitar el frío no sostenía bien el lápiz como para permitirle una letra menuda y a la vez legible, la punta de ese lápiz era cada vez más roma, la luz insuficiente…; lo que había escrito ya, que no intentaba siquiera repasar, pero también muchas palabras impresas, que vaya a saber cuándo releería, debían ser ininteligibles debido a aquello). En el fondo esperaba… que un día lo pudiese leer alguien más; unos cuantos… amigos. En todo caso esperaba que le agradase leerlo; es decir, leerse, algún día, cuando le diera un final a todo eso. Leerlo, leerse, sintiendo que había logrado escribir algo como nadie lo había dicho antes, poniendo a la luz, por primera vez, un sentido hasta entonces oculto, ideas emergentes que habrían cobrado vida de ese modo, en la medida en que entraban por los ojos del lector hasta su mente, en que los iba haciendo suyos.

Por eso, para no sufrir, no lo comprobó ni una sola vez en todos esos días y había seguido escribiendo, desconfiado, y cada vez un poco menos. Suponía, además, que podían ser los párrafos de alguna nueva historia o una variante o derivación con la que sentía que enriquecería alguna de las que había dejado a medias… antes… antes…; que recordaba haber escrito y corregido con algún grado de aproximación, ya que no podría verificarlo nunca, al no contar más con sus archivos, aunque…, ¿quién sabe…?, siempre podría volver a la cabaña a rescatar su ordenador portátil, que por las dudas había enterrado convenientemente, porque nunca se sabe.

Daba igual, pero sobre todo daba igual cómo escribía las frases que se le ocurrían cada vez que se detenía a hacerlo, impelido por una patológica, ¿qué, si no?, voluntad de doblegar aunque más no fuesen las palabras, las ideas, ya que el mundo siempre, y ahora más, había demostrado ser ingobernable y demasiado caprichoso para poder serlo.

Antes, cuando se sentaba ante su portátil y abría uno u otro de los ficheros existentes para editarlo o uno nuevo, para comenzar una historia, era diferente… Antes, cuando la pila de su portátil podía recargarse si lo enchufaba a la red eléctrica… cuando la energía llegaba a todas partes y mantenía todo en movimiento…

Era curioso. Todo era curioso. Tal vez esa expresión fuera la que más acudía a su cabeza, la que más veces lo asaltaba en uno u otro momento, las más de las veces poco idóneo… como antes de dormirse

y con el instrumental muy lejos de la mano (bolígrafo, papel, móvil, portátil…), y una pereza enorme para levantarse. Ahora, por el camino, cualquier hecho que se le aparecía podía provocarlo, o también algunos de los planes que se le ocurrían: la fugaz aparición de una vaca desfalleciente, que no lo invitaba en absoluto a sacrificarla para su sustento (¡oh, qué curioso!, se decía, aún no había caído en hacer algo parecido…; y eso lo instaba a escribir, a ser de ese modo quien no era, tal vez quien aún no era, quien estaba preparándose de ese modo para ser…); el tendido eléctrico que ya no servía para nada, pero que seguía pasando sobre su cabeza, de torre en torre, viniendo de alguna central abandonada y dirigiéndose a una ciudad deshabitada, tomadas quizá ambas por bandas vandálicas o las milicias que se hubiesen podido organizar; los cables, dibujando pentagramas silenciosos contra el cielo (¡oh, qué curioso!, se decía, ¿por qué tengo que verlos como un objeto artístico y no como… digamos… una estupidez más de un mundo acabado, o que se haya obligado a cambiar de rumbo; un símbolo de, ¡je, je, je!…, ¿su final trágico…?), un pentagrama sin notas musicales que poder interpretar, sin instrumentos al alcance de la mano con los que ejecutar la partitura invisible y, sobre todo, sin la habilidad y la técnica que le hubiese permitido a él arrancar algún acorde potable; cuadros que le parecían magistrales, de una riqueza que… (¡oh, qué curioso!, se decía, no puedo comprender por qué me lo parece, por qué necesito registrarlo… cuando no hay nadie que lo pueda leer luego, ni siquiera yo mismo. Y recordaba que en sus papeles acaso todo era ilegible e irreproducible… amén de que ya no le parecerían, seguramente, tan magníficos como cuando le vinieron a la mente), donde situaba un personaje, pensando o diciendo en voz alta, a otro, o para sí, una frase digna de ser dicha en escena (como la casa abandonada, la escalera que conducía a los dormitorios, la cocina llena de cacharros sucios…).

Sí, estaba solo y, desde hacía ya varios meses, buscando todavía la civilización, lo que quedara de ella; buscando también una explicación, como si la imaginación no le bastara. Y aquel pueblo estaba cada vez más cerca… lo que no le garantizaba nada. No era el primero que atravesaría sin hallar a nadie, aunque al menos lo proveería de alimentos para continuar, y le daría un refugio momentáneo donde pasar una u dos noches. ¡Qué curioso!, volvió a decirse. ¿Cómo podía ser que no muriera, o desapareciera, como los demás? ¿Y por qué no se quedaba de una vez por todas quieto, en uno de esos pueblos? Indudablemente, era muy lógico, aunque pareciera incongruente calificarlo así, pensar que había perdido el juicio, que soñaba, que soñaba en estado de coma, por ejemplo, que se había ido a vivir a uno de los mundos imaginarios que él mismo había o estaba construyendo, a saber en qué situación, bajo qué condiciones anómalas.

Lo mismo… estaba sobre una camilla, bajo los focos, mientras era

RECUERDOS

DIEGO GALÁN RUIZ

Ya nadie parece recordar los tiempos pasados. Todo se perdió en un suspiro; un fuerte estruendo resonó en el cielo y luego una luz cegadora dejó a toda la humanidad sumida en las tinieblas.

Han pasado ya treinta años desde ese terrible suceso y unos pocos deseamos volver a la superficie. La mayoría se niega. Le teme a la luz; se ha acostumbrado a la oscuridad. Muchos, ya nacidos en el interior de las cuevas, no encuentran motivo para salir. Ellos no temen la luz porque no la conocen ni tienen necesidad de conocerla; nacieron privados de visión y así son felices.

—Jaime, por favor, escúchame; aunque parezca una locura deberíamos salir. —Tenía que convencer como fuera a mi gran amigo Jaime; junto conmigo, era uno de los pocos que habían visto la luz del sol.

—No lo veo tan claro, Ángel; podría ser peligroso. No hay necesidad ninguna de salir a la superficie. —Jaime se mostraba muy reacio a salir.

—Yo estoy decidido a hacerlo. Quieras o no acompañarme, saldré; sólo quería que vinieras conmigo. Al fin y al cabo, te considero mi mejor amigo.

No hablaba por hablar; siempre habíamos sido amigos. Desde mi más tierna infancia recordaba a Jaime a mi lado; éramos inseparables y me sabía muy mal no poder contar con él en un momento tan importante para mí como el de salir de este oscuro agujero.

—Lo siento, Ángel; no saldré contigo.

Estas últimas palabras de Jaime me entristecieron mucho. Ya no era el mismo; desde el momento en que entramos en la cueva todo cambió. La persona alegre y extrovertida que yo conocía desapareció, dando paso a otra muy huraña e introvertida.

—Me lo va a dar a mí —dijo Godgifu.

—¿Cómo? —La pregunta salió de tres gargantas.

—Me lo va a dar a mí —repitió la joven.

Se levantó de su asiento y suspiró.

—Va a ser mi regalo de bodas —dijo, añadiendo, antes de que los otros tuvieran tiempo de recobrarse—. Me voy a casar con él. —Y corrió la cortina que hacía las veces de divisoria de ambientes.

Nadie la siguió.

El príncipe cumplió su palabra. Y Godgifu la suya.

Y fue durante la ceremonia nupcial que Leofric se quitó la joya que siempre llevaba y la puso al cuello de su desposada.

Y allí ella la llevó hasta su muerte. Entonces, de acuerdo con su voluntad, le fue entregada al viejo Roden, el artesano. El último sobreviviente del pequeño grupo de viajeros.

Luego se perdió el rastro. Nadie la encontró jamás. Aunque los rumores que corrían aseguraban que el viejo la había destruido. Mas eso no pudo ser jamás confirmado. En realidad, era algo de lo cual se dudaba, pues, ¿quién sería capaz de destruir una joya tan valiosa?

El matrimonio de Godgifu con el príncipe Leofric fue todo lo dichoso que pudo haber sido. Ella no esperaba demasiado y él fue lo bastante discreto como para no humillarla con lo que sería mejor ignorar. Ella fue una buena esposa y él un marido aceptable. Tuvieron tres hijos. Dos niños, Morcar y Edwin, y una niña, Edith. Con el tiempo, el relato de lo que ella había hecho se convirtió en leyenda, añadiendo una pizca aquí, otra más allá, hasta que la verdadera historia quedó entretejida en un mar de cuentos de hadas.

Mas la verdad, la historia de la muchacha que llegó del futuro, nadie la supo jamás. Murió con ella y con sus compañeros de travesía.

La nave esperaba, más allá del umbral del tiempo, donde no había pasado ni futuro. Esperaba en vano por sus tripulantes.

© E. Verónica Figueirido, 2012-2013.

E. Verónica Figueirido
(Argentina —Buenos Aires—)

Una de las pioneras que impulsó el *fandom* en los años ochenta, colaboró en revistas como **Nuevomundo** (antecesora de **NM**), **Sinergia**, **Cuásar**, **Vórtice**, **Galileo** y **Axxón** y varios de sus cuentos fueron traducidos a otros idiomas.

En **NM** publicó “Los recién llegados” (# 26), “Los turistas” (# 28) y “Un mundo perfecto” (# 31).

operado de un tumor, como ese “Dr.” que estaba “enfermo”…, anestesiado, observado, mientras un equipo quirúrgico revoloteaba a su alrededor, con piezas de metal que subían y bajaban, tubos que entraban y salían de él, líquidos impropios que circulaban y se mezclaban con los suyos, y uno, el cirujano, hurgaba en su interior, como si su objeto no fuera de nadie, no le perteneciera a él… que era algo… algo que estaba andando por un mundo desierto, volviendo de la cabaña donde había estado intentando acabar una novela, yendo de un pueblo abandonado a otro y pensando que no debía aproximarse a las ciudades, ni a las usinas, ni a los puentes estratégicos, ni…

Todo había sido extraordinariamente fortuito. La necesidad de aislarse para acabar la novela… tal vez, más exactamente, su impotencia para acabarla en su cuarto de trabajo, a pocos pasos del teléfono y de la televisión… En fin, mejor así… ¿o no? Había buscado el sitio más alejado y aislado que se pudiera alquilar por temporadas, lejos del mundanal ruido, donde tuviese la seguridad plena de que no escucharía ni bocinas, ni sirenas ni chirridos de neumáticos o cacofonías de máquinas de construcción y destrucción ni manifestaciones propias de juegos callejeros, ni siquiera pasos yendo y viniendo o saludos intempestivos u ofertas y ofrecimientos de unos a otros trepando hasta su piso, atravesando el cristal de su ventana… En fin, mejor así… Esa estancia en la montaña había sido provechosa, pero sobre todo milagrosa, porque gracias a eso no desapareció, porque siguió vivo, y porque ni siquiera se enteró cuando lo que fuera que hubiera sucedido aconteciera. ¡A saber qué le hubiese sucedido en la ciudad!

Al principio quiso averiguarlo, pero fue infructuoso, y luego desistió. En todo caso, si encontraba alguien con vida, y que se hubiese enterado… aunque, pensaba, ¡qué curioso!, todo indicaba que quien habría podido decírselo se habría llevado el secreto a la tumba, como se decía, o vaya a saber dónde…

De pronto, apenas a cien metros de la entrada del pueblo hacia el que se dirigía con la parsimonia acostumbrada, se le ocurrió una idea para modificar su cuento “Un futuro inalcanzable”, y lógicamente se detuvo. Sacó el libro-cuaderno del bolsillo de la chaqueta y el lápiz con el que escribía. Buscó la primera línea que estuviera en blanco de extremo a extremo, en la que escribió “futuro inalcanzable” seguido de dos puntos, y a continuación se dispuso a apuntar la idea… Pero la mina no resistió, se partió, y eso amenazó con dejarle la mente en blanco, por lo que se puso a memorizar la idea en forma de frases, de una, mejor, no, mejor de dos… y a repasarlas una y otra vez desde el principio, siguiendo un viejo sistema para que nada nuevo que pudiera ocurrírsele, como tantas veces había pasado, sepultara irremediablemente lo anterior, que le parecía… sólo le parecía, en ese momento, especialmente bueno, aunque después no fuera así, ¿quién podía saberlo?

Lo que sí sabía era que, si se entretenía en sacarle punta al lápiz,

la idea volaría, se desintegraría por completo… Pero tenía otros lápices, por supuesto, para eso los tenía, y mecánicamente hurgó en sus bolsillos mientras no dejaba de repetir las frases en la mente y volver inevitablemente a empezar… Uno a uno los lápices mostraron sus puntas desgastadas o rotas… ¡Ay!; llevaba postergando peligrosamente sacarles punta por culpa de una indolencia inexplicable, o tal vez de una certeza absurda de que no le iban a hacer falta, o de que de todos modos aún podrían servir así, y, pensó, tal vez a causa de una mecánica autodestructiva que de ese modo realizaba sin mayores consecuencias inmediatas… la de quien se deja morir lentamente. Bueno, no parecía el caso: la pereza profunda era más que lógica en esas circunstancias; era tal vez lo único que veía lógico, directamente causal.

En fin, se dijo resignado, a sabiendas de que se olvidaría no sólo de la precisión literaria de las frases que se le ocurrían sino de su contenido más elemental, de la idea clave, en "Un futuro…" había encajado bien la idea del viejo que esperaba al protagonista al final del sendero que le había preparado. Y que el viejo mintiera al decirle que no sabía por qué sólo quedaba él en el mundo porque, simplemente, lo había olvidado… Una mentira, tal como demostraría lo que había escrito… en algún lugar…, ¡ay!, para nada.

De todos modos, no fue algo que pudiera ser llamado magistral. Y, como todo había nacido de la pesimista sensación que lo embargaba de seguir sin hallar a nadie que le explicase lo ocurrido,… se metió de nuevo el libro en los bolsillos y continuó andando.

Era el quinto pueblo al que llegaba. Aunque allí no hubiera nadie, que era lo más seguro, a tenor del silencio y la quietud reinantes —extraña situación para una tarde de otoño—, tenía que reconocer que la cantidad de información de que disponía era aún insuficiente para deducir que esa nueva muestra de abandono reflejaba lo que podía estar pasando en todo el mundo. Esta sensación era apenas intuitiva y una extrapolación que él bien podría considerar literaria… Aunque, por otra parte, negarlo no era sino una manifestación reiterada de la necesidad de conservar cierta esperanza.

Si consideraba los hechos en la justa medida de la propia experiencia, había indicios suficientes de que algo poco corriente había afectado a una amplia zona dentro de la que se hallaba la montaña y el refugio que había estado alquilando, y que esa zona, al menos en la dirección que había tomado para descender, tenía muchos kilómetros cuadrados.

Una mañana lo despertó la luz del día con un aumento repentino y notable en su intensidad. Como si, estando las cortinas corridas (esas que tantas veces había echado en falta en la cabaña para poder dormir hasta tarde o hacer la siesta), alguien las hubiese descorrido de repente, a la vez, de un solo golpe. Eran más o menos las diez menos veinte, o eso indicaba el reloj… y ese "nuevo día" había amanecido en pleno día. Más bien… más bien… se dijo, inte-

Conteniendo un suspiro, ella comenzó a despojarse de sus ropas.

El confesor del príncipe enrojeció y bajó la mirada, turbado. No se atrevía a marcharse, pero todavía conservaba ciertos principios inherentes a su oficio. Los demás no fueron tan delicados.

La joven terminó de desnudarse y, con la cabeza en alto, se sujetó del animal y lo montó. Alguien caritativo había echado una manta sobre el lomo del caballo, para que ella no tuviera que montar a pelo.

El animal era dócil, y Godgifu pudo dirigirlo sin problemas. Sentada sobre su lomo, muy erguida, parecía tener brillo propio. De algún modo, su larga cabellera impedía que los curiosos pudieran saciar su apetito, pues cubría sus formas como un oscuro ropaje. Sólo sus piernas quedaban al descubierto.

Guió despaciosamente al caballo a través de la plaza del mercado, y luego lo hizo regresar al punto de partida.

Allí se detuvo, desafiante, frente al príncipe.

Una mujer, con la mirada baja, le alcanzó la túnica. Sin descender del caballo, Godgifu se la colocó con un movimiento rápido. Luego miró al príncipe.

Éste asintió con la cabeza. No pudo evitar sonreír ante la temeridad de la muchacha.

Sin esperar ayuda, ella bajó del caballo.

Stacius y su grupo habían observado todo el episodio mezclados entre el pueblo. No habían visto a la joven desde hacía un par de días, y no tenían idea de qué era lo que ella pretendía.

Pero si de algo él estaba seguro era de que Godgifu tenía algo en mente. Y sólo quería saber lo que era.

Había vivido entre la gente de este poblado por veinte años. Viviendo como ellos por veinte años, cuando lo único que quería era regresar a una sociedad civilizada y culta.

Pero eso no ocurriría.

—¡Oíd! ¡Oíd!

El vocero leyó la proclama, mas antes de que finalizara la lectura ya la muchedumbre había dado rienda suelta a su algarabía.

No les interesaba el motivo por el cual el príncipe les quitara el gravamen; lo único que importaba era que en adelante podrían respirar un poco más tranquilos.

Cuando Stacius y los suyos regresaron a la casita, la joven estaba allí, esperando por ellos, sentada en un banco bajo, cerca del fuego.

—¿Qué fue todo eso? —El artesano estaba hecho una furia.

La muchacha lo miró inexpresiva.

—¡Basta! —le dijo Ailen al líder del grupo. Se dirigió hacia Godgifu y le puso una mano sobre el hombro. Ésta no reaccionó.

—Tiene el objeto —dijo Roden. Tenía que decir algo. No se atrevía a mirar a la muchacha.

—Sí. —Ésta asintió con voz cansada.

—¿Cómo lo vamos a conseguir? —preguntó el joven Roden. A todos y a ninguno.

Era una buena pregunta.

mas apropiadas para dirigirse a un príncipe.

Pero a él eso no pareció molestarle. Esta muchacha cada vez le gustaba más.

—Tengo una condición —dijo.

—Lo escucho —dijo ella.

El príncipe la miró apreciativamente, y esta vez sí pudo ver cómo ella se sonrojaba.

—¿Dónde está?

Los otros se encogieron de hombros.

—Siempre desaparece —dijo el jefe, a todos y a nadie en particular.

No habían visto a Godgifu desde la mañana temprano. Había salido sin dar explicaciones y hasta entonces no había regresado.

—Está aquí —anunció Roden.

—¿Godgifu?

—No, no Godgifu —dijo el joven. Miraba el aparato que sostenía en la mano. El marcador parecía fuera de control.

El objeto buscado.

Los demás miraron hacia todos lados. Solamente la muchedumbre y los soldados de la escolta del príncipe. El alcalde y el confesor hicieron su aparición.

—No. Ellos no. —El marcador los pasaba por alto. Entonces…

El príncipe Leofric salió del recinto, acompañado por una joven mujer.

—¿Godgifu? —No podían creerlo.

—¡Es él! —Roden ahogó la exclamación.

—No es posible —dijo Stacius. Tenía la mirada clavada en la muchacha. No sabía si le causaba más asombro la presencia de la joven en sitio tan inesperado, o la afirmación de Roden.

—Sí. Digo que es él —insistía éste.

En ese momento el príncipe se acomodó algo que llevaba al cuello. Una cadena. Al moverla, pudieron ver apenas el destello de la joya.

Sí. No había dudas. Era el objeto buscado.

También Godgifu lo vio.

Respiró hondo y sonrió para sí misma. Algo más con qué negociar.

Dirigiéndose a Leofric, le susurró: —Príncipe, tengo otra condición.

El príncipe la miró. Le estaba gustando esta muchacha.

—De acuerdo —dijo, sin siquiera preguntar cuáles eran esas condiciones.

El alcalde conferenció en voz baja con el sacerdote, y luego este último le dijo algo al vocero, quien entonces se adelantó: —¡Oíd! ¡Oíd!

La gente hizo un expectante silencio.

—Mi señor, el príncipe Leofric, ha aceptado la propuesta de la doncella Godgifu.

Nada más. Dejó que todos se preguntaran cuál sería esa propuesta.

No tuvieron que esperar mucho, pues a poco la joven, muy erguida, se adelantó y se dirigió al sitio que de antemano se había dispuesto. Allí la esperaba el caballo del príncipe. Un corcel pardo y de lustroso pelaje.

Godgifu se acercó con aprensión al animal. Su experiencia con caballos era más bien limitada.

El príncipe la miró burlonamente. Esperaba que ella se retractase, pero la muchacha no le iba a dar ese placer.

rrumpiendo sus recuerdos en cuanto comenzó a atravesar la calle bordeada de casas que parecían de juguete, con sus balcones aún floridos y sus plantas colgando sobre las paredes de piedra. No, allí no había nadie, como en los cuatro pueblos anteriores… como… en "Un futuro…", donde había supuesto la interrupción forzosa del salto en el tiempo que un muchacho había soñado vehemente realizar, y donde todo el mundo, menos un par de ancianos, lo habían dejado todo simplemente para irse… irse… irse a la mierda. Era el cuento que él mismo había escrito… ¡Pero ahora, en la realidad, ¿qué diablos había sucedido?! ¿Y, en todo caso, dónde estaban esos viejos?

Recordó un cuento, también de ciencia ficción, que una vez leyera en un *Nueva Dimensión*, en donde unos vascos acaban por alcanzar los tiempos previos a la aparición del hombre, en sucesivos retrocesos en el tiempo que realizan al ver que nada cambiaba alrededor… hasta que el cambio es absoluto y se convierten en el inicio de la raza. ¿Y si se había descubierto algo capaz de trasladarlos en el tiempo o entre dimensiones o universos…? ¿Y si, en un ejercicio como el del *Filadelfia*, se había provocado un desplazamiento de esa índole, hacia uno u otro extremo inimaginable de la línea temporal, por ejemplo, sólo que con un radio mucho más extenso?

¿Y si había sido afectado por un efecto como el que cegaba a los habitantes de la ciudad rodante de *El mundo invertid*o? ¿Y si bastaba con que se apeara y se alejara del núcleo del fenómeno hasta que alguien detuviera "el generador"?

Lo evidente era que un mundo como ése no habría podido ser calificado como más invertido que aquel en el que se había producido el misterioso fogonazo a la distancia, un fenómeno cuyos resultados no parecían estar a tono con la soledad que lo rodeaba y que, en todo caso, sería explicable mediante la hipótesis de que todos, "todos", hubiesen salido en estampida hasta el epicentro, para ver de qué se trataba, para ir… ¿por qué no?, a recibir a los marcianos… que lo habrían provocado, o para ir a combatirlos y defender, "todos", lo que era un tanto peregrino, la Tierra. Lo cierto, es decir, la certeza que anidaba en él por momentos ferozmente, era que ahora el mundo se había convertido, exclusiva e incuestionablemente en el suyo. Y, sin embargo, no estaba satisfecho.

Se adentró por las calles de la población sin cambiar el paso cansino y despreocupado ni prestar mucha atención a cada casa, a cada puerta, a cada ventana, para ver si algo se movía; daba por supuesto que el silencio absoluto era de por sí más que demostrativo. Por fin, al cabo de cierto tiempo impreciso, se acercó a una de las casas y probó si la puerta estaba abierta o cerrada. En su cuento, aquel cuento, la mayoría de la gente se había preocupado por dejar todo bastante organizado antes de marcharse; las puertas con llave, los postigos bajados, los coches aparcados… "Hum", se dijo antes de intentar bajar el picaporte, un picaporte de hierro forjado muy bonito; muy típico,

además… Aún seguía sin haber visto ni un solo coche; ni en la carretera, ni a los lados, ni aparcado en las calles de los pueblos, ni en los garajes… La puerta cerrada con llave lo indujo al mismo pensamiento que a su personaje, si es que lo había tenido así, lo que ya no recordaba exactamente: "Se han ido, y han usado sus coches para… ¿escapar?". "Hum, ¿de qué?"… Pero ya no estaba seguro de si esto mismo lo había pensado antes, durante el camino, cuando llegó al primero de los pueblos de su ruta obligada, o si se trataba de una de las frases del diálogo interior que había puesto en la mente del joven de "Un futuro…". O si era una frase y una situación nueva que se le había ocurrido para incluir y modificar la historia… Tal vez si consultara los apuntes…

Unos truenos retumbaron en el pequeño valle, rebotando unos tras otros, como si hubiesen sido grandes burbujas sonoras dando sucesivamente contra el suelo, los techos, la calle, los árboles… No tenía tiempo ni ánimo para probar en cada una de las casas, de modo que volvió al centro de la calle y fue hasta la primera esquina para echar una mirada atenta y tomar hacia el refugio que le pareciera más prometedor. A la derecha creyó distinguir un edificio que debía de ser una escuela o instituto. Allí sería más fácil. Una vez adentro, tal vez volvería a salir… Igualmente, tenía aún algo de queso y avellanas, y una lata que podía ser de atún o de algún molusco en conserva; la lata había perdido la etiqueta cuando la cogió. Bastaría para esa noche. Con el cansancio que llevaba encima lo que más necesitaba era dormir, dormir… Y no bajo la lluvia.

Efectivamente, un instituto; ventanas con cristales que se podían violar fácilmente. Nadie, por lo visto, parecía haberlo hecho antes, y hacerlo le dio un poco de pena y lo culpabilizó.

Aquella otra mañana le pasó lo mismo, aunque en circunstancias y por motivos diferentes. Se ve que era muy propenso a sentirse culpable por aquello que debía hacer por sí mismo ineludiblemente y resultaba que afectaba o podía acabar afectando a los demás. Pero también le sobrevenían sentimientos de esa índole cuando no había cuidado los detalles y la indolencia e imprevisibilidad ostensibles lo habían puesto en una situación difícil y arriesgada, provocando una herida o un dolor, la destrucción o la pérdida de un objeto necesario o querido… Y aquella mañana, cuando descubrió que no funcionaba nada, ni la cafetera, ni la tostadora, ni la televisión, ni el teléfono, ni, por fin, el coche… se sintió culpable de haberse quedado allí tantos días… y por no cumplir del todo sus planes de dar por finiquitada la novela.

No había electricidad en toda la zona. Los cables cruzaban las carreteras y entraban en las casas pero se habían convertido en superfluos, o en líneas de imaginarios pentagramas contra el cielo y monumentos de hierro que no servían para nada. Sólo esa luz, blanca, intensa, invitaba a la sospecha, pero al mismo tiempo permaneció muda, haciendo el silencio global aún más profundo, señaEl alcalde le había indicado vagamente que la joven era la protegida, o la parienta, del artesano Stacius. Había llegado hacía poco de… el alcalde no sabía de dónde. Tampoco al príncipe le importaba.

Podía simplemente ir y tomarla. Así lo habría hecho su padre, y el padre de éste antes de eso. Pero no. Eso no era lo que el príncipe quería hacer.

Un asombrado sacerdote fue a tocar la puerta a la casa de Stacius.

—¿¡Que quiere qué!? —fue la poco respetuosa exclamación al enterarse del propósito de la visita.

—Mi señor Leofric desea ver a la joven que mora en esta casa —repitió el otro, sin inmutarse.

—¿Para qué? —preguntó Stacius de mala manera.

—No es asunto mío —respondió el sacerdote con severidad. Implicaba "tampoco vuestro".

Godgifu intervino.

—¿Por qué no me pregunta directamente a mí?

Stacius la miró indicándole que se callara. Pero la joven no se dio por aludida.

—¿Y qué es lo que quiere conmigo?

El confesor del príncipe hizo como si no la escuchara y continuó dirigiéndose al jefe del hogar.

—La espera mañana, luego de los oficios. Un soldado la escoltará a su presencia.

Dicho esto, se retiró, sin dar tiempo a una réplica.

Y a la mañana siguiente, a la salida de misa (era impensable faltar a los oficios religiosos), la esperaba un soldado de la guardia del príncipe, para llevarla ante su señor.

No supieron qué se dijo en ese encuentro; sólo que la muchacha regresó algo alterada y con las mejillas encendidas.

—¿Te hizo algo? —quisieron saber.

—¿Te…? —Roden no terminó la frase.

—No. A todo no —respondió. Y si hubiera habido alguna habitación donde refugiarse allí hubiera ido.

El príncipe había quedado impresionado por la osadía de la joven.

En vez de una muchacha tímida y llena de pavor por hallarse en presencia de su señor, llegaba una furia que le exigía que eximiera de la carga a los habitantes del poblado.

¡Le exigía!

El príncipe no sabía si reír o mandarla azotar.

Era una jovencita muy diferente de cualquiera que él hubiera conocido. Verdaderamente no parecía una joven del pueblo. Y su cabello… Tenía el más hermoso y largo cabello que jamás viera. Al contrario de las otras mujeres, no tenía problema en mostrarlo.

Sus ojos centellaban de furia, y eso la hacía más atrayente.

Leofric la miraba con admiración.

Tuvo una idea.

—Puede que reconsidere mi decisión —le dijo. Esperó unos instantes, mientras ella bajaba la guardia, y agregó: —Si es que estás dispuesta a hacer algo.

—¿Cómo dice? —Godgifu no estaba para preocuparse por las for-

Pero tenían que recuperarlo antes de que alguien pudiera adivinar su verdadero propósito.

Alguna vez les llegó un rumor de algo inusual que alguien había encontrado en el campo, pero no lo pudieron confirmar.

Les tomó veinte años darse cuenta de que la misión no tenía retorno. Aun cuando (no querían siquiera considerar un "si") lo hallaran, ya sería demasiado tarde para cruzar el umbral de regreso a casa.

Fue entonces que Stacius hizo bajar a los más jóvenes. Para ellos el tiempo transcurrido había sido poco más que un suspiro.

Obedeciendo a su líder, Godgifu y Romer abandonaron la nave. Y, así, la posibilidad de volver a ver a los suyos.

Luego de que el vocero proclamara las nuevas exigencias, la gente comenzó a murmurar quedamente, antes de caer en la más negra resignación. Algunos, con esfuerzo, podrían cumplir con esta carga, pero muchos no tenían manera de lograr reunir lo que el príncipe demandaba. Mas generaciones enteras de sumisión no se olvidaban tan fácilmente. Además, ¿qué era lo que podían hacer al respecto? ¿Rebelarse contra su soberano? ¡Eso era algo impensable! Las leyes de Dios y de los hombres no lo permitirían.

En el supuesto caso de que se atrevieran, sólo lograrían su propia aniquilación.

Los habitantes del poblado, tanto siervos como libres, retornaron a sus tareas con amargo ímpetu. Ahora deberían esforzarse más, para poder cumplir con los requerimientos del príncipe Leofric.

—¿Puede hacer eso?

Stacius se encogió de hombros.

—Es el príncipe. Puede hacer lo que quiera.

—¿No deberíamos…?

El otro no le dejó terminar la frase.

—No. No es asunto nuestro.

—Pero…

—No podemos inmiscuirnos —dijo Stacius, en un tono que indicaba que no se hablara más del tema.

Dando un portazo, la joven salió de la casa.

No se había acordado de rehacer los rodetes ni de ponerse la cofia, y el larguísimo y pesado cabello le caía en oscuras ondas por la espalda. Indiferente ante la mirada curiosa de aquellos con los que se cruzaba, mascullaba su enojo en su idioma, una lengua que aún no existía.

En la casa del alcalde, el príncipe miraba por las rendijas de la ventana. Las gruesas tablas de madera eran a la vez una protección y una forma de garantizar la privacidad, algo a lo que en realidad muy pocos tenían acceso.

Desde allí vio a la muchacha que transitaba la lodosa calle. Por la vestimenta, no era una sierva, aunque sí de extracción humilde. Pero fue su cabellera lo que le llamó la atención.

Nunca antes había visto a una joven con tan largos cabellos, sueltos al viento.

La jovencita levantó la cabeza. El príncipe pudo ver sus ojos enrojecidos por el llanto. O la furia.

La vio. A Godgifu. Y la deseó.

lando en todo caso la muerte de los pájaros y de los insectos; tal vez de otros animales… Hasta que, poco después, cuando ya estaba alejándose de allí hacia el valle, en busca de la civilización y de respuestas, la luz volvió repentinamente a la normalidad, o eso le pareció. Aunque tal vez se hubiese acostumbrado, al menos en parte. Lo cierto es que pudo comprobar por el camino que había una ingente cantidad de pájaros derribados en el suelo, y también una cabra que sin embargo aún movía las patas. Lógicamente, tenía miedo, cada vez más miedo, y ni siquiera se le ocurrió acercarse al animal moribundo, al que inmediatamente sospechó apestado. No entendía lo que había sucedido, ni por qué él se encontraba físicamente bien, ni qué había sido esa luz intensa que había durado unas horas y se había ido tal y como se había presentado. Y se sintió otra vez culpable de haber actuado con precipitación y no haber cogido nada de su ropa y de la cocina y de que sólo se hubiese preocupado por llevar consigo el portátil, que con gran probabilidad habría de quedar inservible, mudo como todo lo demás, dormido y sepultado para siempre bajo las ruinas del mundo, con todo su material dentro, su obra, tal vez por mucho tiempo… tal vez no, sin embargo, y que por fin abandonara en una de las casas donde pernoctara, en algún lado…. ¡Eso sí, con una nota que daba fe de la autoría de los contenidos e indicaba más o menos hacia dónde se dirigía! (aunque de esto último se arrepentía ahora, a la vista de que el rumbo en el que había pensado entonces no parecía ya ser definible). Pero no pensaba desandar lo hecho por una cuestión de previsión y siguió andando de prisa, lo más deprisa posible, para llegar al pueblo.

El instituto estaba bien ordenadito, como si sólo hubiese sido cerrado después de la clase del viernes, durante un fin de semana que todavía continuaba. Se sentó en uno de los primeros bancos de una clase y sacó de los bolsillos todo lo que llevaba en ellos: los papeles garrapateados, arrugados y sucios, los lápices sin punta, el queso, la bolsa de avellanas y la lata de conserva, un pañuelo asqueroso, unos guantes que por suerte habían estado siempre allí, en ese chaquetón que usaba para pasear de noche por el exterior de la cabaña después de la cena, respirando aire puro y alzando la vista a las estrellas antes de volver a entrar para irse a la cama. Sacó también el cuchillo de cocina y el puñado de pastillas que había tomado prestado de las casas deshabitadas en las que consiguiera entrar aquella misma tarde, en el pueblo adonde tantas veces había bajado en coche para hacer las compras, cada vez que lo había necesitado imperiosamente, cada vez que había aceptado dejar de teclear lo que se le ocurría, obsesionado por aprovechar y no desperdiciar la inspiración, movido por la compulsión con la que las ideas lo obligaban a que las descargara y estuvieran a resguardo en el disco duro; un pueblo inexplicablemente vacío, del que parecía que se hubiesen ido todos… ¡ja!… ¿al futuro?… ¡ja!… ¡No podía ser po-

sible que hubiese pronosticado realmente que algo así sucedería! Una situación en donde él no ocupaba el lugar del joven ni del viejo… y que ese día tuvo aún el ánimo suficiente como para ser irónico y pensar una vez que él acabaría encontrándose con ellos en alguna parte para, de ese modo, desbaratar su propia historia. ¡Ja!… Sí, también jugó con la idea de que el viejo sería él mismo al cabo de unos años, el que, habiendo localizado La Pantalla por la que se habían ido todos, y la cápsula donde dormía el esperanzado joven, preparaba todo para recibirlo y poder ganar así la apuesta absurda que había hecho con su compañero. Pero para eso se tendría que haber vuelto loco antes… si es que no lo comenzaba a estar, y en tal caso ya sabía lo que le esperaba. ¿Y si hubiese sido tragado por su propia historia, por su imaginación, por… por la locura…?

Se quitó la chaqueta y se quedó un rato mirando a la pizarra, en la que se leían algunas palabras y había algunos trazos bastante emborronados. Parecía haber tenido lugar allí una clase de Literatura, o al menos de Lengua; quizá de Historia… Había parte de una fecha, pero por el año indicado no podía ser la del día de la clase, y parecía haber sido circulada.

Se remontó a sus años de estudiante de bachillerato… y volvió a experimentar el pesimismo y la falta de sentido de todas las cosas en las que antes apenas si había dudado: aprender a leer… aprender a escribir… escribir… perdurar…

Sí, de acuerdo; entonces, pensó, todo aquello servía para algo, podía servir para algo… El problema era ahora, ahora…

Comió y bebió luego agua de los grifos de los aseos, a sabiendas de que corría riesgos, de que tal vez hubiese sido algo en el agua o de que hubiera ido a parar al agua lo que hubiese diezmado a casi todos los animales o los hubiera enfermado. Su cuerpo tendría que luchar, adaptarse o… morir en el extremo. Tal vez sólo sufrir un poco, pasar alguna enfermedad estomacal, alguna gripe de origen animal para la que vaya a saber dónde habría vacunas externas… Luchar, pensó mientras cerraba el grifo; no sabía para qué, pero sobre todo no sabía si se permitiría perecer. De todos modos, había encontrado unos cuantos medicamentos útiles en el botiquín del instituto, válidos para las incidencias más comunes; algunos más que los que ya había cogido en otras partes.

Tras varias incursiones dio con una casa en la que pudo entrar y allí se instaló, permaneciendo allí unos cuantos días, que no contabilizó. En la casa halló un portátil con la batería bien cargada y probó conectarse a Internet… pero no encontró ni una sola red disponible. La tecnología se había vuelto inoperante; habría que seguir andando… pero no de inmediato.

Días más tarde, mientras llovía con bastante fuerza, vio venir un caballo por la calle. Parecía sano, incluso brioso, y por ello salió de la casa y se acercó a él. Era un caballo obviamente doméstico, que parecía buscar dueño… ¡Ah!, lástima que no pudiese hablar y decirle de dónde

mucho; algunos habían dado todo lo que tenían. A este paso, el hambre no tardaría en aparecer.

Pero es sabido que el bienestar de sus súbditos no es algo que perturbe a los gobernantes.

También es sabido que tales súbditos no tienen un gran amor a sus gobernantes. Sólo miedo y rencor.

No ayudaba que el príncipe se rodeara de soldados, más o menos mejor pagados y alimentados. Que tampoco lo querían, pero que protegerían a aquel que les daba de comer.

—Están disgustados, mi señor. —El confesor miraba por una rendija. No se animaba a asomarse mucho más. Pudiera ser que los pobladores no tuvieran hacía él el mismo temor reverencial que hacia su señor.

—Que lo estén —respondió el príncipe. Tenía la joya en un puño, sintiendo su frescor. A pesar del tiempo que la poseía, nadie había logrado averiguar con qué piedra había sido manufacturada.

"Debe ser obra de algún alquimista", había sugerido el confesor de su padre, tiempo atrás.

En esa época su madre estaba simplemente rogando por que se diera el milagro de un hijo varón. Su vida dependía de ello. Era poco más que una niña y la habían casado con el príncipe reinante sin tomar en cuenta sus preferencias. Esas cosas no se hacían. Ella, buena hija, había estado a la altura de lo que se esperaba de ella.

Un buen día, un campesino había hallado un extraño objeto en los campos que labraba. Se parecía a una piedra, una de esas piedras suaves y lisas por la acción de los elementos, y fría al tacto. Sin saber lo que pudiera ser, lo llevó al sacerdote local, y éste, anticipando una ganancia, a su vez lo entregó al alcalde. Quien, con toda pompa, a su turno, se lo presentó a su señor. Tanto el cura como el alcalde se vieron amargamente defraudados en sus expectativas.

Al poco tiempo, la piedra perdió su opacidad, y se mostró en su esplendor, ante la sorprendida mirada del príncipe reinante y de su familia. El gobernante la hizo engarzar como una joya. Se la colgó al cuello y a su muerte pasó a manos de su hijo.

Quien, tal como hiciera su padre, la lució como su más preciada alhaja.

Stacius había pasado al mundo en busca del objeto. Era su responsabilidad. Pudo haber sido error humano, o una falla técnica, pero el caso era que había caído fuera del umbral.

Tenían la ubicación aproximada, con una diferencia de veinte a treinta años.

Como jefe del grupo, él fue el primero en descender. Su caracterización había sido lo bastante buena como para permitirle integrarse a la comunidad, y eventualmente gozar de una posición holgada, para la época y el lugar.

Pero en esa época uno debía tener una esposa. En el mundo, los años se sucedieron y, cuando la gente comenzó a murmurar, llegó Ailen.

Sabían que el objeto se encontraba por los alrededores, pero no estaban más cerca de hallarlo que al comienzo. Ni siquiera a un artesano reconocido le era posible deambular por ahí. No era saludable.

El artefacto no lo indicaba.

—Más cerca —agregó Ailen, mirando los signos. Eso era prometedor. Habían estado inmóviles por demasiado tiempo.

Veinte años.

Únicamente deseaban que las cosas hubieran sido diferentes. Si tan sólo no se hubiera perdido el objeto, no hubieran tenido que permanecer en medio de esta gente semicivilizada. Si tan sólo…

Pero las cosas no habían sido así.

No había sido culpa de nadie. Y había sido culpa de todos. Un descuido imperdonable.

Y habían perdido un tiempo valioso, tiempo de la nave, hasta descubrir cuándo había caído. Aproximadamente. Tomando o quitando unos años. Veinte.

Es decir, veinte años de tiempo del mundo.

Stacios había bajado. Era el líder y sobre quien recaía la responsabilidad.

Despidiéndose de ese pedacito de su hogar en el no-tiempo, y de aquellos que habían sido sus compañeros, bajó al mundo.

El alcalde casi no podía hablar por los nervios. Había esperado un mejor trato, teniendo en cuenta los servicios prestados en el pasado, pero todos tenían razón. El hijo no era mejor que el padre. Bastante peor, en realidad.

—Mi señor, todos han cumplido. Este año las cosechas no fueron tan buenas, pero aún así todos cumplieron con el pago.

—Es insuficiente.

—¡Pero vuestro padre…!

—¡Yo no soy mi padre! —lo interrumpió Leofric.

—¡La gente quedará en la ruina! —intentó razonar el alcalde.

Era inútil.

—Confío en que se hará lo necesario —dijo el príncipe. Llevándose una mano al cuello, extrajo de entre sus ropas la cadena de plata con su curiosa joya. Algo indescriptible que parecía tener una luz interior. Tomándola en una mano, y sin quitarse la cadena del cuello, la puso frente al alcalde. Éste comenzó a sudar.

Era como si de la joya surgieran fantasmas. Figuras tenues que pronto llenaron la habitación, moviéndose y hablando y gesticulando, sin que ningún sonido saliera de sus labios.

Era la segunda vez que el alcalde veía lo que la joya podía hacer.

Esperaba que fuera la última.

—Vuestros deseos se cumplirán, mi señor —dijo entrecortadamente.

El príncipe volvió a guardar la joya entre sus ropas, junto a su piel. Luego se sentó en el sillón del alcalde, mientras éste hacía venir a su escribano.

Se redactó el edicto y el príncipe estampó su sello.

—¡Oíd! ¡Oíd!

La gente se congregó en la plaza del mercado para escuchar lo que se mandaba. El vocero aún no había terminado de pronunciar la proclama y ya las voces airadas se hacían oír. No era realmente una sorpresa, pues la visita del príncipe nunca auguraba algo bueno, mas eso no la hacía más aceptable. Ya los habían exprimido

venía, qué había sido de su dueño, si había sido abandonado y cómo, qué había visto… El caballo esperó pacientemente a que él estuviera a su lado, e inclinó un poco la cabeza mientras bufaba esperanzado. Por fin, él alzó la mano y acarició sus carrillos derechos. Sin problema; calor humano, agradecimiento, sumisión como contrapartida…

Se fabricó una silla y unas alforjas aceptables y las llenó de muchas cosas, comida en lata, principalmente, y varias botellas de agua mineral. Aumentó su *stock* de medicamentos y añadió algo de ropa invernal, de ropa adecuada para el mal tiempo y de mantas… La aparición del caballo había sido lo que bien podía llamarse, ¿por qué no?, una bendición. Con seis patas, sumándolas todas, como habría hecho el doctor Fausto, podría avanzar más de prisa y más cómodamente. Ojalá, se dijo, el caballo aguantara más que él mismo…

Y calzándose la bacinilla en la cabeza… Pensó la broma sin completarla gramaticalmente y se rió, cosa que no había hecho desde hacía mucho tiempo. Y, espoleando al caballo con los tacos, alzó la diestra con el índice hacia adelante mientras ordenaba en voz alta “Adelante, Rocinante”, que sonó como un trueno.

Tampoco había pronunciado una sola palabra en voz alta desde hacía mucho tiempo.

La ciudad se materializó después de una gran curva, muchas horas después de avanzar por la autovía desde la parada anterior durante la cual dejó comer al caballo de los pastos que crecían a los lados y dejarlo descansar un rato. Estaría agotado después de tirar del carro techado que había encontrado en una de las granjas por la que pasaron y que desde entonces (tal vez cuarenta kilómetros antes del cruce) lo había puesto a tirar. Tensó las riendas para que se detuviera, y bajó del carro para estirar las piernas y pensar mientras contemplaba la silueta de la civilización… El caballo volvió a estirar la cabeza hasta los pastos.

Esta vez se trataba de una ciudad de cierta envergadura, que debía ser, según la dirección que debía haber tomado, la de Guadalajara. Ya sabía que no hallaría a nadie allí, ni vivo ni muerto: desde que había entrado en la autovía no había visto nada de nada moviéndose; ni siquiera otro caballo, una cabra, una vaca moribunda… Seguramente que se detendría allí —sería más entretenido que las estancias anteriores—, tal vez como para pasar una semana o quizá un mes… Se pasó la mano por la barba y el pelo. Necesitaba un peluquero y afeitarse… No podía pasear por una ciudad con esas trazas de vagabundo, por más que estuviera deshabitada. Encontraría una peluquería donde habría maquinillas y tijeras adecuadas. Se serviría a sí mismo. Tendría que hacerlo. Y ya lo sabía… Y lo mismo… iba a… a un cine, por ejemplo, o, mejor, a recorrer un museo; no podría hacer funcionar el cine sin electricidad. Haría así unas cuantas cosas, y luego se marcharía: su verdadera meta era Madrid, que estaba a sólo sesenta kilómetros, más o menos. Pero no tenía demasiada prisa. Dio una palma-

da amistosa al caballo. En Madrid tal vez diera con algún coche capaz de funcionar con energía solar (sabía que se habían fabricado algunos, y tenía todo el tiempo del mundo para encontrarlo): el caballo y el carro estaban bien, pero un coche solar… un coche solar… la verdad no tenía ni la más remota idea de por qué se le había ocurrido tamaña estupidez.

Mientras volvía a coger las riendas, volvió a preguntarse si algo como lo que le pasaba no sería una extraña especie de sueño o de delirio que tal vez sólo parecía durar tanto, o si las cosas nunca habían sido como él creía que podían ser, y desarrollarse dentro de ciertos límites que definían lo que todos, o casi todos, consideraban lo real, y si podían suceder cosas que se consideraban imposibles y que se entendía que las imaginaban, gracias a facultades especiales, aquellos que como él ideaban mundos imposibles, supuestamente imposibles, claro, o en todo caso futuribles… Que cosas como las que se le estaba ocurriendo en ese instante, pudieran suceder de… de verdad… y precisamente se hubieran algo así como materializado, corporeizado, atrapándolo. ¿Dónde? Pues en el mundo de uno de sus propios escritos; quizá en un mundo que contenía retazos de todos o de varios de ellos, tal vez de alguno que aún no había escrito, quizá de alguno que no había escrito pero sí leído, de otro de su especie. En fin, ya estaba otra vez jugando con lo que le pasaba, convirtiendo todo en parte de una historia fantástica. Adentrándose un poco más en la locura.

No supo en qué momento, se quedó dormido, mecido por el lejanísimo murmullo de los cascos y el roce de las ruedas que había preferido amortiguar metiéndose algodón en los oídos. Despertó recostado sobre el banco del carro, en una calle de la periferia de esa ciudad que podía ser Guadalajara, donde el caballo, tal vez por falta de señales, las riendas por el suelo, se había detenido. Estaba aún somnoliento y necesitó unos minutos para tomar la iniciativa. Bajó del carro y comenzó a andar sin meta por la primera calle que comenzaba en la esquina, algo más adelante, y siguió haciéndolo hasta dar la vuelta completa a la manzana, o eso pensó que había hecho. Lo extraño es que en esa calle, desde la cual había partido, y a la que sin duda había regresado (como le decían retazos de recuerdo recientes), todo lo largo de la calle hacia delante, hasta donde la vista se perdía, el carro ya no estaba; el caballo se lo había llevado vaya a saber dónde o había desaparecido.

Corrió hasta la esquina donde, maldita sea, había girado a la derecha, y volvió a mirar a uno y otro lado. Nada, nada… Era realmente absurdo. Era para pensar en serio en ello; para pensar que allí pasaba algo muy extraño.

En su "Viaje de vuelta", un caballo misterioso que aparecía de repente de la mano de una sombra lo llevaba hasta un par de lugares y a un tiempo que no había sido realizado; esto según él había construido la historia, aunque no según el mundo real. Después, como si hubiese servido para llevarlo hasta la más terrible de las

era por la relativa facilidad que tenía un extranjero de prosperar allí. Sólo necesitaba ser bueno en su oficio. Y Stacius había demostrado ser un experto artesano en la madera. La otra razón…

—¿Y sobre lo otro? —preguntó una mujer de mediana edad.

—Nada —fue la respuesta de la joven Godgifu.

—No hay forma de que sepan lo que es —dijo el dueño de casa.

—El marcador indica que está cerca —intervino el cuarto, un joven de cabellos claros. Se estaba dejando crecer el pelo, de acuerdo con las costumbres locales.

—Sí. Desde hace veinte años —dijo la mujer con amargura.

El primero en descender había sido el líder del grupo. Luego, pasado cierto tiempo, lo hizo la segunda al mando. Tan sólo unos minutos de tiempo relativo, y varios años en el subjetivo del mundo.

Los más jóvenes acababan de llegar y todavía no se adaptaban a su nuevo entorno. Apenas una semana atrás, tiempo del mundo, se encontraban arriba, en el limbo, en la nave. Y aún con la esperanza de poder regresar.

Pero ya no.

Una vez fuera de la nave, les era imposible retornar a ella.

Y a los hogares que dejaran atrás.

El príncipe Leofric cabalgaba junto a su comitiva. A su lado, el confesor sudaba enfundado en la gruesa capa de piel. Hacía demasiado calor para semejante abrigo, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de mostrar el favor al que su señor lo había hecho merecedor.

No eran muchas las veces en las que el príncipe abandonaba su protegido refugio, pero era una de esas ocasiones en las que el señor de la comarca consideraba que, si quería obtener los fondos deseados de la gente deseada, debería ir personalmente a conseguirlos.

—Pronto anochece, mi señor —le dijo el sacerdote.

Por toda respuesta, el príncipe espoleó su cabalgadura. El confesor apuró la suya, para ponerse a la par de su amo.

Un tenue humo indicó la presencia de una choza.

—Pasaremos allí la noche —dijo el príncipe.

El capitán de los soldados asintió. Fue con un par de hombres a disponer todo para la llegada de su señor.

Mientras el príncipe y su gente se acomodaban en la mísera choza, el campesino y su familia se refugiaban al abrigo de un gran tronco caído. Habían tenido suerte, pues habían visto al grupo que se aproximaba y eso les había dado tiempo para huir.

Conocían las historias que se contaban sobre aquellos que se ponían en el camino del príncipe.

—El marcador se volvió loco.

—No lo creo —respondió Stacius echando un vistazo al aparato.

Los signos parecían cobrar vida.

—Está cerca.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Godgifu—, ¿pero cuánto?

—¿Y cómo lo sabe?

—El hijo le llevó un par de gansos al alcalde. Ahí lo escuchó. El hijo, no la mujer.

—¿El príncipe? —preguntó Roden. Todavía no se habituaba.

—Es quien gobierna en la región —le contestaron.

Ailen, una mujer algo madura, controlaba el gran puchero que hervía al fuego del hogar de piedra que ocupaba casi toda una pared. No se diferenciaba demasiado de lo que haría cualquier mujer de la villa. Es decir, cualquiera que tuviera la fortuna de contar con un fuego para cocinar.

No cualquiera lo poseía. La madera para utilizar como combustible era cara, y sólo las casas de piedra contaban con una buena chimenea.

Los ingredientes que le echaba a la olla también habrían llamado la atención. No porque fueran algún elemento desconocido, sino porque eran hierbas o vegetales que la gente normalmente despreciaba.

En cuanto a los utensilios que utilizaba para preparar los alimentos… la mayor parte todavía ni se habían inventado.

Tampoco varios de los objetos que componían el ajuar de la casa, que hubieran provocado más de una mirada de asombro.

—¿Cómo es? —preguntó Godgifu, con curiosidad, mientras se soltaba los cabellos. Eran inusualmente largos, hasta para esa época. Un capricho que le había proporcionado más de un comentario, allá en el hogar.

Stacius, el jefe del grupo, se encogió de hombros.

—¿El príncipe? Un muchacho. Nació por la época en que llegué. Así que debe tener unos veinte años.

Ailen intervino: —Cuando yo vine ya había nacido la hermana, y él apenas caminaba. Dieciocho o diecinueve, diría.

—¿Tiene una hermana?

—Tuvo. Cuatro. Todas murieron,

—¿Casado?

—Estuvo a punto, pero el compromiso se rompió. Hubo feos rumores.

—¿De qué?

La mujer se encogió de hombros.

—Vaya uno a saber.

—¿Y por qué te interesa? —le preguntó Roden.

Fue el turno de ella de encogerse de hombros. Y, sin responder, arrimó los empapados zapatones de madera cerca del fuego, para que se secaran, pero no tan cerca como para que pudieran quemarse o resecarse.

—¿Y acostumbra venir al poblado?

—Cada tanto. Cuando necesita algo.

—Dinero —dijo Ailen. Tenía cierta experiencia ya.

—No parecen quererlo mucho. La gente, digo —agregó Godgifu.

—Me pregunto por qué —comentó Stacius. Había tomado ese nombre más a propósito con el sitio y época en que se encontraban, y con los años prácticamente había olvidado el suyo propio. Era un hombre grandote, con una barba gris bastante descuidada. Verdaderamente no tenía dificultades para pasar por uno más del pueblo. Ésta era su casa.

Una de las razones por las que se habían instalado en el poblado

trampas, como si ésa hubiera sido su misión, el caballo desaparecía y, tras una terrible vivencia anticipada, todo volvía al tiempo verdadero, donde nunca, aún al menos, hubo un caballo y un regreso. Tiempo verdadero… tampoco. Sólo el tiempo verdadero que él había definido de tal modo. Hum, se dijo, esto se pone cada vez peor. Y tras hacer un cálculo aproximado del tiempo que le habría llevado dar la vuelta a la manzana y cuánto habría podido alejarse en ese tiempo el caballo, tal vez con la intención de seguirlo, tal vez… ¿secuestrado por alguno? ¡Eso habría estado bien… o no, a saber: todo dependía de quién fuera. Se palpó automáticamente el bolsillo lateral y no encontró el cuchillo. Todo había quedado en el carro, todo; ¡que idiota que había sido!

Se dejó caer contra la pared, hasta quedar sentado, como en "Viaje de vuelta" en un momento dado. Tenía que pensar con sensatez, evitando los prejuicios a cambio de atender a las señales novedosas que se presentaban, y repasar sus historias una a una, las once al menos que había publicado; quizá esta vez, de nuevo, otra del "futuro del futuro", donde todo parecía indicar que había sido atrapado, u otra del "futuro del pasado". En todo caso tenía que comenzar a prepararse para lo que pudiera ser obligado a vivir en breve, de inmediato, en uno o más días, al cabo de un mes o más, pero de improviso siempre. El colmo sería encontrarse con la máquina del tiempo e ir a parar a la Edad Media, o acabar desintegrándose en nombre de un absurdo plan y de una lucha entre unos imbéciles y sus propios fantasmas… Pero, si pudiera elegir, elegiría despertar, despertar de nuevo, en el cuarto de su adolescencia o en la cápsula de hibernación, sólo que para no volver a dormirse ni para atravesar una pantalla ni para volver un día, ni para perder el pico y las plumas, ni para que le crecieran por imprudente y por atolondrado, ni para jugar con lo único que quedaba vivo, él mismo, su tiempo, su vida, sus recuerdos, ni para descubrir que sólo era una copia de sí mismo o aparecer en la nave y el tiempo de un ser y una mente inimaginable y seguramente… repugnante… o ser engullido con todo lo demás… o… ¡eso, eso no le molestaría… ir a la Luna! En todo caso estaría menos solo que en esa ciudad fantasma que…

¡Pero cómo puedo suponer algo así!, se dijo poniéndose de pie. Sabía, en el fondo de su indudable cordura, que volvía a juguetear con posibilidades mágicas, con cosas de su propio mundo imaginario. Tenía que serenarse y tomar lo que tenía alrededor por evidente para llegar a alguna parte, si no quedara otra alternativa, para vivir en esas condiciones terribles y absurdas. Lo demás era pura pérdida de tiempo, y en cualquier caso, si luego tenía tiempo y ganas, podría hacer con todo ello una historia, poniendo en el origen una explosión inexplicable de luz y luego todo lo que considerase explotable literariamente de lo que le había ido sucediendo, incluyendo quizá ciertos brotes psicóticos con sus curiosos delirios y sus justificaciones imaginarias, lle-

nas de una lógica paranoica que podía sin duda resultar muy atractiva…

En ese momento, el caballo, tirando inevitablemente del carro, asomó el hocico al girar la esquina y entrar por la calle por segunda vez, como era lógico. ¡Ja!… Simplemente lo había seguido, pobre bicho… No se quiso quedar solo. Pero… ¿cómo fue que no escuchó el sonido de sus cascos sobre el pavimento y el rodar de las ruedas del carro que arrastraba…? Entonces se acordó, volviendo a despejar las fantasías que se reiteraban, y se quitó los tapones que se había metido en los oídos para no escuchar el silencio natural que imperaba desde que comenzara a bajar del refugio, ese silencio que se había hecho cada vez más patente gracias a que lo evidenciaban de modo insoportable el rodar de las ruedas y el golpeteo cadencioso de los cascos sobre la autopista… precisamente. Y por fin se acercó a acariciar al animal, agradecido por su gratificante muestra de fidelidad doméstica, y le susurró algo tranquilizante y lisonjero a la oreja. Quizá había aún algo de humano en esa relación que pudiera justificar establecerse.

Mientras, poco a poco, el ruido atronador de la ciudad comenzó a envolverlos sin remedio, hasta que los espectros se fueron conformando, regresando, con sus bocinas, sus alarmas, el ruido de sus máquinas y de sus voces instrusivas y proselitistas, del lugar adonde él los había desplazado mientras escribía la novela.

© Carlos Suchowolski Kohn, 2014.

Carlos Suchowolski
(Argentina —Mendoza, 1948—)

Radicado en Madrid desde 1984, administra la ciberbitácora “Una botella llena de luciérnagas” (http://botellallenadeluciernagas.blogspot.com).

En **NM** publicó “Una confesión estimulante” (# 22) y “Espacio, espacio…” (# 29).

LA DONCELLA GODGIFU

E. Verónica Figueirido

Durante la noche había llovido y la calle estaba prácticamente intransitable, gracias al barro y a los charcos que la habían transformado en un lodazal. Eso sumado a toda la clase de porquerías a las que todavía no se acostumbraba. A las que nunca se iba a poder acostumbrar. Sin poder evitarlo, hizo un gesto de asco y se recogió un poco la pollera del vestido para que no se le manchara. Eso había sido un error, pues las mujeres de aquí no eran tan melindrosas. Pero no le importaba. De todas maneras, miró a uno y otro lado. Era día de mercado, y todos estaban tan ocupados en sus cosas, que nadie le había prestado atención. Bajando recatadamente la cabeza, se aseguró de que la cofia estuviera en su sitio y caminó la poca distancia que la separaba de la vivienda.

Tocó a la puerta la señal convenida y la pesada hoja se abrió lo suficiente como para dejarla pasar.

Entró con rapidez y a su espalda la puerta volvió a cerrarse. La única estancia se encontraba débilmente iluminada. No podían correr riesgos.

“¿Y?”, era la pregunta que se leía en todos los rostros.

Sin responder, y aún con la canasta en la mano, se dejó caer en un banco. Se quitó los toscos zapatos de madera, embarrados y húmedos, se secó los pies y se calzó las zapatillas que alguien le alcanzó.

—Está todo embarrado —dijo al fin. Se levantó y puso la canasta sobre la mesa.

—No me refiero a eso. —La voz del jefe.

—La mujer que vende gansos me dijo que llega el príncipe —dijo, mientras sacaba los comestibles. Algunos huevos, un salchichón, algo que semejaba un pastel, un pan de tamaño respetable y una vasija de vino.